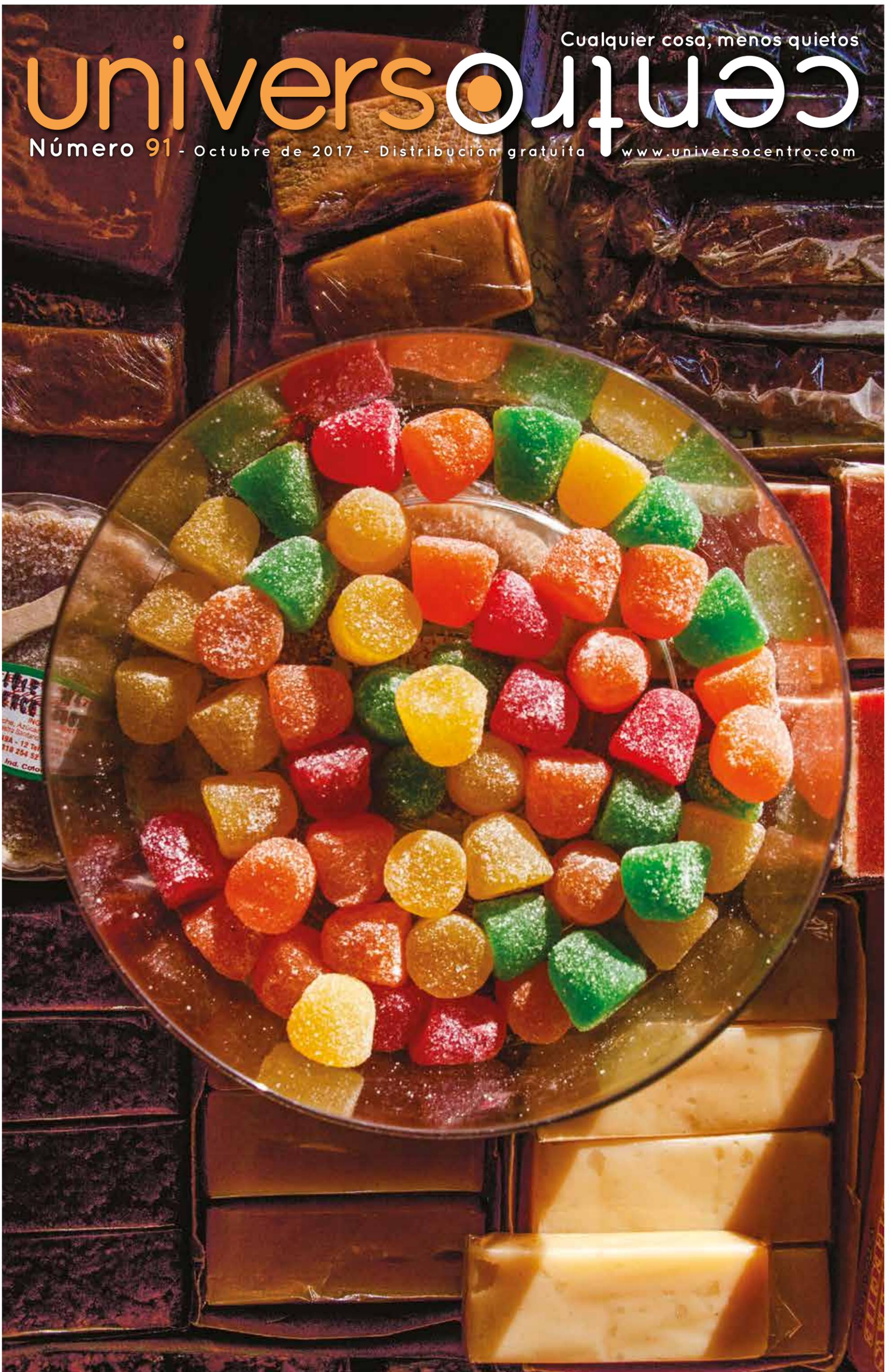


universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 91 - Octubre de 2017 - Distribución gratuita www.universocentro.com



8

Memoria sísmica

10

Acentos prestados

12

Desengaño terminal

18

De pasaje en pasaje

20

Expresidentes

21

Un beso a Tyson

26

Diario sin Fidel



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 91 - Octubre 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Coca regulada



Las guerras imposibles se pelean con una sospechosa obstinación. Las cifras de los fracasos han sido inestables y sucesivas, como las cosechas. La pelea contra la coca tiene muchos triunfos costosos y efímeros, una gráfica donde la línea sube y baja según las leyes del mercado, de los ejércitos narcos de sierras y selvas, de la lluvia, de la presión internacional, del precio del oro, del rendimiento de los colonos, de los programas de sustitución y de otras líneas. La variable menos inquieta es la demanda desde el Norte. La demanda mundial, para no discriminar. Según el último estudio de Naciones Unidas el consumo de cocaína en el mundo ha mantenido su raya estable entre 1998 y 2014. Se ha movido del 0.3% al 0.4% de la población mundial entre 15 y 64 años. Mal contados son 23 millones de consumidores declarados en el planeta. En el clóset de los periqueros puede haber una cifra similar a la de los declarados. Los análisis en los desagües de las ciudades europeas y gringas dejan su rastro y entregan una cifra más segura que la de las encuestas. Aguas negras y aguas blancas.

Algo menos de 120 000 familias colombianas son la raíz del negocio. Un dato en las calles de Estados Unidos lo deja bien claro: el 92% de la coca decomisada viene de estos lares. Los campesinos colombianos siembran y venden la hoja fresca. No cocinan, solo riegan la coca y la raspan. Siembran y le responden a narcos varios, siembran y se esconden del Ejército y la DEA. Tienen los peores patrones y la peor competencia. Un poco menos de la mitad de la materia prima del mercado mundial se concentra en cinco municipios colombianos: Tumaco (Nariño), Tibú (Norte de Santander), Puerto Asís (Putumayo), El Tambo (Cauca) y Valle del Guamuez (Putumayo). La ganancia no es mucha pero la gente de los “entables”, los encargados de la primera cocción, va y recoge la cosecha. La gran mayoría de las familias cocaleras recogen un poco más de un millón de pesos mensuales sin descontar sus gastos de producción. Viven tan desprotegidos como quienes siembran maracuyá. Más del 85% tienen menos de una hectárea sembrada. Viven, por decir algo, entre la espada del Clan del Golfo y la pared del Estado.

Tumaco y el Catatumbo son los territorios del embale mayor. La economía cocalera es la regla y el Estado mira desde afuera intentando imponer alguna excepción. Tumaco tiene 250 000 habitantes. Se puede decir que el 25% de la población vive de cultivos, cocinas, despachos y sobornos. Sacar la coca, cuidar el entable, alabar al patrón, arriar la hoja por las trochas, buscar la gasolina, esconder los submarinos en el manglar, tripular las lanchas son buenas y únicas opciones. En el Catatumbo están las pistas y la frontera con Venezuela. Los despachos por aire son el pan de cada día. Los cultivos obedecen a una marea que iguala guerras y treguas. Según el informe anual de

Naciones Unidas sobre cultivos en Colombia, en 2007, auge del gobierno Uribe y el glifosato, había tantas hectáreas como en el gobierno Santos, cumbre de la condescendencia cocalera. Un poco menos de 150 000 hectáreas en cada año. Estados Unidos aportó 15 000 millones de dólares en doce años de Plan Colombia para dar la pelea. Las Farc perdieron la mitad del Secretariado pero la coca se mantuvo. En el interregno las hojas subieron y bajaron, caprichosas, sin importar el presidente en la Casa de Nari.

En Estados Unidos murieron el año pasado cerca de 60 000 personas por sobredosis de todo tipo de drogas. Más de la mitad por sobredosis de opioides, bien fueran recetados o negociados por debajo. Creció el consumo de coca pero como un dato marginal respecto a la epidemia nacional de los gringos con los opioides. La coca sigue siendo una manera de hablar desde la superioridad del principal cliente y el principal enemigo. Se aspira pero con filtro. Ayer dijo el ministro de Defensa colombiano que por cada tonelada de coca que incautan en Estados Unidos se decomisan cuarenta en Colombia. *Make Suramérica Great Again.*

La guerra contra las drogas, que cada año deja millones de muertos más que el abuso de las drogas, ha marcado con la violencia la vida de millones de familias en América Latina. No se puede olvidar que el negocio empezó en Chile y hoy tiene a México como el mercado que le entrega valor agregado al producto. Fue un estigma andino pero desde hace más de una década se convirtió en un lío colombiano. Era más fácil contradecir en compañía, con las voces de Perú, Bolivia, Ecuador. Nuestro dominio del mercado nos dejó hablando del posible veneno mientras los vecinos hablan del uso ancestral. Tenemos el peor de los monopolios. Solo deja pérdidas.

Es hora de que Colombia comience a hablar de Coca Regulada, un concepto que desde hace años acuñó la gente de Acción Técnica Social (www.acciontecnicasocial.com). La idea parecía imposible hace una década, pero la marihuana ha mostrado que los cambios pueden ser rápidos. El año pasado los consumidores medicinales gastaron 56 billones de dólares en Estados Unidos y Canadá. La coca ha sido perseguida desde 1903 pero también estuvo durante años en las etiquetas médicas. Tiene usos ancestrales, medicinales y recreativos. Puede ser regulada y vigilada como sustancias arriba y debajo de su umbral de “peligrosidad”: alcohol, marihuana, heroína.

En el corto plazo seguiremos con la meta que ponen desde la era Trump, las franquicias del Clan del Golfo, las muertes en Tarazá, la república independiente del Catatumbo y la única economía del alto Putumayo. Hace unas semanas vimos la mayor de las lecciones y la mayor de las tragedias. Siete campesinos cocaleros asesinados en Tumaco. Hasta ahora no sabemos si los mataron quienes los combatían o quienes los alentaban. ©



Las Suecas caen del cielo

por **DIEGO AGUDELO GÓMEZ**

Ilustración: **CORROSKO**

había olvidado pero apenas leo el título de la portada recuerdo que mamá esconde tres revistas de esas en la maleta roja que guarda con candado debajo de la cama.

Ello no lo sabe, pero el candado de esa maleta es muy fácil de abrir con un alambre y un destornillador. Aprendí a hacerlo sin dañarlo porque, más que todo, quería jugar con la pistola de fantasía que mi papá usaba en las serenatas para dispararle aluelays a las quinceañeras. Un día aproveché que estaba solo en la casa para abrir la maleta y lo que encontré, además del vestido de novia de mamá, el disfraz de campesino de mi primer año y las cartas que papá le escribía cuando eran novios, fueron esas tres revistas que miré a la carrera, con espanto de ser sorprendido en el acto (no pregunten cuál acto), y que tenían el mismo título que las que ahora atesorero. En medio de la euforia, alcanzo a recoger por lo menos una docena de revistas. Cada uno de los muchachos hace igual y cuando ya estamos seguros de que no queda ninguna tirada por ahí, nos vamos a sentar en el parque de la iglesia para disfrutar del botín.

Ya conté que las portadas son casi todas iguales. Algunas pocas muestran a un hombre y una mujer, o un hombre y dos mujeres, o tres mujeres sin ningún hombre en posiciones maravillosamente arácnidas. Las páginas internas son una colección de más o menos las mismas mujeres y los mismos hombres haciendo las mismas cosas que hasta el momento jamás se me habían ocurrido —aunque tomo atenta nota de cada una porque seguramente serán de bastante utilidad en el futuro—. A medida que pasamos las páginas, nuestras exclamaciones y bromas suben de tono. Me gustaría dejar un registro que nutriera de algún modo el léxico de nuestra hermosa lengua castellana, pero la cantidad de groserías que salen de nuestras bocas nos hacen parecer una piara de trogloditas. Pobres madres las de nosotros que en este momento están siendo mencionadas junto a palabras que harían morir de vergüenza al mismo diablo. Y pobres nosotros que seguimos mirando a estas suecas que cayeron del cielo, altas, de piernas largas, con caras de ángel, ojos celestes, tobillos gruesos, culos de mármol y bocas chorreantes sin poder calmar esa especie de hambre o de ansia desquiciada que no deja de revolverse entre pecho y espalda, junto a las emociones sin nombre que nos bombardean en estos días de memorizar ruidos y estallidos para asegurar la supervivencia, porque así como el rugido de una avioneta nos trae la mejor tarde de nuestras vidas, el ruido de eso que no es pólvora ni una buseta vieja podría dejarnos tan tiosos como los pollos congelados. ©

apagar esa avioneta tan pequeña que según me contó después mi papá, viajaba hacia Segovia, un pueblo en el que supuestamente solo hay mineros, mafiosos y brujas.

Peró no creo que sea pollo congelado la razón por la que los muchachos están como locos gritando desde la calle. Por eso salgo rápido e inquieto, pero a medida que bajo las escaleras y veo y escucho lo que hacen y dicen los muchachos, me voy contagiando de algo como la euforia, un vértigo, un huequito sabroso entre pecho y espalda que no sé definir aunque tantas veces lo haya sentido. Si uno no se preocupa a esta edad por marcar los hits del calendario menos lo va a hacer por definir con precisión las emociones. El asunto es que llego hasta la manga, un espacio entre los bloques que no tiene nada de hierba, donde jugamos fútbol y pistoleros, y me uno a los muchachos que recogen algo del suelo. Son revistas, más pequeñas que un cuaderno, parecidas a los álbumes que a veces pasan repartiendo en el colegio, no en avioneta sino en motos pilotadas por mariguaneros —eso dice mamá—; pero estas revistas son mejores, mil veces mejores que esos álbumes porque traen fotos de mujeres desnudas, es decir, en sus páginas hay muchas tetas y creo que ya dejé claras mis prioridades.

Los muchachos no terminan de explicarme que las revistas las había tirado la avioneta cuando me desboco a recoger cuantas puedo abarcar con en mis manos. Imagínense que a alguien con mucha hambre le cae del cielo un cargamento de pollos congelados. Así estoy yo, apurado por calmar un hambre de la que todo el tiempo soy consciente. Apenas si me doy tiempo para mirar las fotos de las portadas. La mayoría son mujeres rubias con las piernas abiertas, el pecho desnudo y el pelambre insinuado debajo de una ropa deportiva muy parecida a la que usa Sharon Stone en *El vengador del futuro*. La revista se llama *Sueca*. La

Tengo doce o catorce años, o quizás once o trece, uno no piensa mucho en señalar los hits en el calendario cuando las prioridades son los videojuegos y las tetas. Estoy viendo televisión o leyendo, probablemente viendo televisión, pero es mejor decir que estoy con un libro en las manos a reconocer que me entretengo con las hazñas de los concursantes de *El precio es correcto*. Si lo pienso con calma, ahora que acabo de regresar a los años noventa y los barrios vuelven a brotar en mis cachetes preadolescentes, estoy sin duda devorando la programación de aquella maravilla de las telecomunicaciones a la que llamamos “perubólica”, cuando de pronto el ruido de una avioneta irrumpe en la tarde para convertirla en la mejor de nuestras vidas.

El ruido de una avioneta no tiene nada de especial. Es un ruido más que los ruidos a los que uno se acostumbra en Medellín. Por ejemplo, el de la pólvora, tan distinto al ruido de los disparos o al que hacen las busetas viejas. No discutan con un paisa cuando escuchan un estallido. Si él dice que es bala, es bala; si dice que es pólvora, es pólvora; y si dice que es una buseta vieja, es una buseta vieja. Por eso lo que me llama la atención esta tarde no es el ruido de la avioneta sino los llamados que escucho desde la calle. Reconozco las voces. Son los muchachos; por eso acabo de usar el plural para decir que la tarde se convirtió en la mejor de nuestras vidas. No puedo enumerarlos a todos. Somos tantos pelaos los que vivimos entre los bloques 75 y 77 del Tricentenario,

que no me preocupo en memorizar los nombres, apellidos y apodos de todos, así casi todo el tiempo estemos juntos. Reconozco por ejemplo a Santi y a Juan Fernando, que son inseparables, gritando a coro: “Salí, Caretorta, salí, mirá lo que nos tiró la avioneta”. Por más que quiera no puedo ignorarlos, yo soy Caretorta y, aunque no me gusta el apodo que a todos les hace dar risa porque comparan mi cara con un pastel de cumpleaños (una torta negra con cobertura blanca de azúcar), ya estoy acostumbrado a responder cuando lo oigo. Además, están diciendo que la avioneta que acaba de pasar dejó algo y pienso en otra avioneta que hace años se estrelló junto al río, junto a las vías del metro que apenas están terminando de construir. Esa avioneta llevaba pollos congelados que se dispersaron en el río y la maleza como un reguero de canicas. La gente del otro lado, de Santa Cruz y los ranchos del río, ignoró el humo del incendio y el peligro de atravesar hasta la otra orilla a pie limpio, para recoger o, mejor dicho, robarse los pollos que se salvaron del accidente. El piloto y el copiloto se estaban achicharrando pero nosotros los colombianos tenemos un mandamiento sagrado que es no dejar pasar papaya y tantos pollos congelados gratis le hacen olvidar a cualquiera esa cosa de amar al prójimo como a uno mismo. Además, qué podían hacer esas pobres gentes del otro lado, ¿zapara el incendio con el agua del río? Con lo cochinas que se mantienen seguras. No puedo enumerarlos a todos. Los bomberos, cuando llegaron, se demoraron un montón de tiempo tratando de

Amplificando en español

por CARLOS ALBERTO ACOSTA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Cuando llegué a New Order y me dirigí a la barra, vi que el Tuso, un sicario del combo de Castilla, tenía su pistola sobre la barra y la giraba como una hélice muy cerca al puesto del DJ. De pronto dijo en tono amenazante, “esta noche yo les voy a decir cuál es la música que van a poner”; en ese momento supe que New Order había muerto. Era el momento de despedirme de mi bar.

Corría 1989 y habían pasado ya tres años desde los días de New York New York, otro pequeño bar de música romántica en Envigado, donde realmente todo empezó. En la década de los ochenta Medellín era la capital colombiana de la música. Casi todas las disqueras, Sonolux, Discos Fuentes, Codiscos, Discos FM, Discos Victoria, tenían su sede en la ciudad. Ser el columnista de música en *El Colombiano* me convertía automáticamente en el centro de atención de las mismas, giraban buscando una reseña para sus discos.

Eran días muy divertidos, casi de ensueño. Un día visitaba a Marco F. Eusse, director A&R de Codiscos, y salía con los brazos llenos de todo el rock argentino del sello Interdisc que jamás vería la luz en Colombia. Lo mismo sucedía cuando visitaba a Edwina Vásquez, directora de mercadeo internacional de Sonolux, y le preguntaba:

—Edwina, ¿qué es esto que dice Ilegales?

—Es un grupo español.

—¿Y lo vas a sacar?

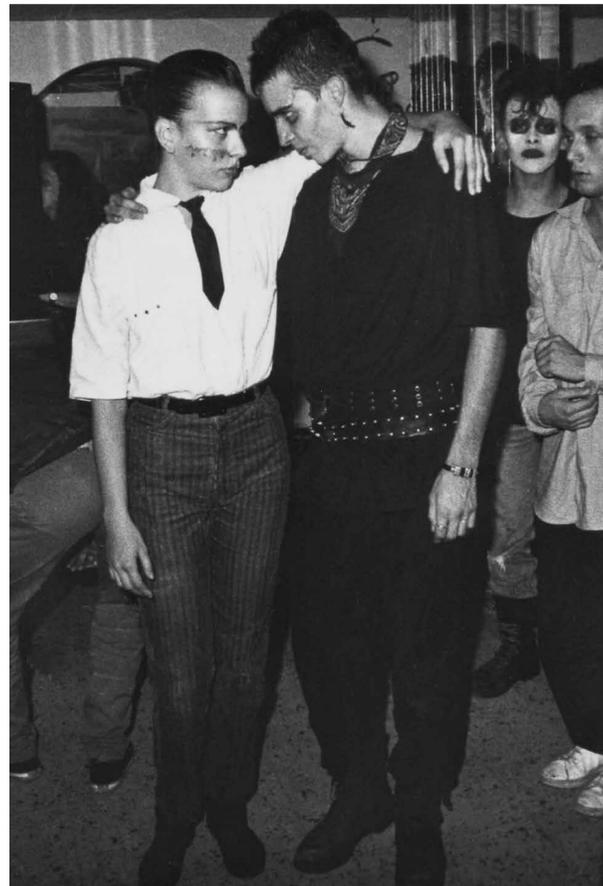
—No, para nada. Aquí no hay nadie que programe esa música... Te lo regalo.

Y de regalo en regalo me hice a una discoteca con bandas y solistas que nadie conocía y nadie quería hacer sonar: Charly García, Virus, Serú Girán, Miguel Ríos, Olé Olé, Orquesta Mondragón, Abuelos de la Nada. Al escucharlos me parecía increíble descubrir música tan bien hecha y cantada en español. Pero en Colombia no había espacio para esos sonidos, pues las emisoras juveniles solo reproducían el formato Top-40 de Billboard y las románticas no se movían de Julio Iglesias y compañía.

Para entenderlo bien hay un ejemplo perfecto. En 1985 Codiscos se atrevió y lanzó el álbum *Todo a pulmón* del argentino Alejandro Lerner. Me encomendaron promocionarlo en todo el país, visité más de diez ciudades y la respuesta fue siempre la misma, resumida perfectamente por Carlos Sierra de La Voz de Colombia: “Es demasiado pop y eso aquí a la gente no le gusta”. La canción que les parecía demasiado pop era *No hace falta que lo diga*, hoy un súper clásico del archivo. Estaba sin saberlo frente al paradigma de la época.



New York New York, 1987.



New York New York

Todo iba a comenzar a cambiar la noche de un jueves de 1986 en Envigado, cuando después de rumbiar en el apartamento con Vickytru, Jota, Panelo y Emilio Sus, y de brincar como indios locos con esa música rechazada, nos fuimos a visitar a Santiago Ochoa, un roquero muy fino que había conseguido trabajo de barman en New York New York, un bar a media cuadra del parque.

Con ese nombre esperábamos algo más cosmopolita. Entramos y no había un alma a pesar de que sonaban los éxitos de Camilo Sesto, José José y otros románticos de moda. Aprovechando que estábamos solos le dijimos a Santiago que nos pusiera los discos que traíamos de grupos argentinos y españoles. Con semejante amplificación, esa noche la terminamos brincando en aquel bar que estaba abierto solo para nosotros y, lo mejor, ya no nos gustaba solo a cinco... ya éramos seis.

Prometimos volver al siguiente jueves. Algunos fuimos con acompañantes y la historia se repitió. Entre brinco y brinco nos preguntábamos casi al grito... ¿y eso qué es? Radio Futura, contestaba el DJ de turno. ¿Ese cómo se llama? Aviador Dro, decía el otro. Todo era nuevo y fascinante.

La cita del jueves se volvió ritual y cada semana llegaban más amigos de los amigos. Como Javier Rodríguez, que luego dirigiría Cámara FM; Tato, que luego fundaría Estados Alterados, y Elkin Ramírez, con quien estrenamos una noche, en primera municipal, *Escudo y espada*, anticipo del primer álbum de Kraken.

Como ya no cabíamos y solo queríamos bailar, arrinconamos sillas y mesas. Jamás olvidaré cuando estando en la barra se sentó a mi lado un tipo muy elegante que nos miraba a todos como observando una invasión alienígena... Era el dueño del bar que llegaba sin aviso. Un joven médico muy tieso y muy majo. Llamó a Santiago y cuando todos pensamos que lo iba a despedir y nos iba a sacar a la calle, le dijo que se olvidara de la “plancha”, se quitó el saco y la corbata y se puso a bailar. Fue el primero en lucirse con la idea.

Unas semanas después y de manera sistemática comenzaron a caer la policía y el ejército. Se turnaban. Hacían quitar la música y nos ponían a todos contra la pared. Cerraban el lugar si alguno no portaba su cédula, si a alguien le encontraban marihuana o simplemente porque la música estaba muy alta. O solo porque sí.

Una vez le preguntamos a uno soldado por qué nos la tenían tan velada y nos dijo, “es por orden del patrón, el patrón no quiere sitios de vicio en su ciudad”. El patrón, Pablo Escobar, era por aquel entonces el amo y señor de Envigado. Era irónico pensar que el mayor narcotraficante del mundo nos persiguiera solo porque teníamos el pelo largo, con algunos tintes, y no bailábamos chucuchucu. No recuerdo haber sentido nunca dentro de New York New York olor a marihuana. Lo cierto es que al final de cuentas lo cerraron.

New Order

Sin un lugar dónde reunirnos quedamos huérfanos. El mundo jamás volvió a ser el mismo para ninguno de nosotros. Las tabernas como Lauro's donde uno iba a sentarse a oír “música americana”, o las discotecas como Kevin's, con toda la fiebre merenguera y traqueta de la época, nos resultaban aburridas y clichés.

Empezamos a reunirnos en las casas que algunos voluntarios ofrecían. Eso sí, apenas los padres veían las pintas de los invitados iban cambiando de opinión, jamás pudimos repetir casa. Terminamos reuniéndonos todos los viernes en el Parque de Laureles. Alberto Hurtado ponía la grabadora y la fiesta seguía al aire libre hasta que, naturalmente, llegaba la policía.

A mediados del 87 Paneso, un estudiante de medicina que cambió su carrera por perseguir la buena música, me dijo que en los bajos de la Bolera Acuario había un bar de jazz que estaba quebrado y lo alquilaban. En el edificio de la Bolera solo había cuatro bares funcionando, uno de lesbianas, otro de tango, Boca de Chicle con música de los sesentas y uno más de música vieja, de resto asustaban por sus pasillos vacíos. ¡Era perfecto para que nadie nos molestara! No lo pensé dos veces y con Jairo Álvarez lo arrendamos. Quitamos las sillas y las mesas, tapamos las ventanas y pusimos una vieja registradora de bus a la entrada. El artista Jorge Botero, Boterito, nos donó dos murales brutales que le dieron todo el carácter *underground* al sitio.

El nombre New Order nació, por supuesto, de la banda inglesa de techno, pero tenía además la connotación de un nuevo orden de rumba con música que traía una nueva poética, letras provocadoras y que reunía, en una sola tribu, al punk, al techno, al *new wave* y al rock duro. Atrás habían quedado los bailes de garaje y los amacices de discoteca. Había nacido el individualismo. El yo salgo solo y bailo solo y no necesito pareja para estar bien.

New Order puede haber sido el primer *pub* de Colombia. Llegabas, comprabas tu trago en la barra y luego te hacías donde pudieras con tu vaso desechable. Sin meseros ni nadie para consentirte o ante quien darte ínfulas. Desde que abrimos, el lugar siempre estuvo lleno con la comunidad heredada de New York New York, pero acrecentada por el boca a boca que crecía en volumen. Lo neorromántico estaba en su apogeo y sus clientes llegaban cada noche con la moda de The Cure, Depeche Mode, Siouxsie and The Banshees, Plasmatics



New Order, 1988.



New Order, 1988.



Concierto de Enanitos Verdes, 1988.



Miguel Mateos, 1989.



Los Toreros Muertos, 1989.

o Sex Pistols. Mientras el mundo afuera seguía adormilado, entrar a New Order era como entrar a un bar con habitantes de mundos extraños y por ende de extrañas formas.

En un momento dado levantabas la mirada y veías brincando a Fanny Mickey, Camilo Pombo o Pilar Castaño, y en una esquina a los Toreros Muertos, a Alcohol Etílico, o a músicos de Soda Stereo, Enanitos Verdes y Caifanes.

Edison Morales, el DJ de base, sabía exactamente el momento en que el lugar estaba listo para disparar la energía. Solo era escuchar los primeros acordes de *El baile de los que sobran* de Los Prisioneros para que la pista se llenara y desde ahí hasta el final ya jamás se detenía. Bailábamos por horas, hipnotizados en esa envolvente música que sonaba como queríamos y decía lo que sentíamos. El piso se movía, a veces parecía que nos desplomáramos sobre los carros del parqueadero. La pista era una masa humana que subía y bajaba al ritmo de la música, todos concentrados mirando al piso, al techo o con los ojos cerrados. Uno que otro pogo pero solo como parte del menú. Y cantábamos! “Litros de alcohol corren por mis venas, mujer / No tengo problemas de amor / Lo que me pasa es que estoy loco por privar / Salta hacia atrás o quítate la ropa, mujer / No provoques más mi pasión / Tengo un fuego dentro / que no puedo contener”.

Super Stereo amplifica a New Order

Providencialmente Fernando Pava Camelo decidió abrir en Medellín su segunda emisora pop, Super Stereo 92.9, “la estación del poder”. Digo providencial porque si bien New Order funcionaba bien, sentía que si lográbamos difundir masivamente esa música podíamos crear un movimiento. La premisa era simple: si funciona en el bar tiene que funcionar en la radio.

Primero creamos Radio Pirata, un programa de una hora los domingos en la noche donde programábamos la música que sonaba en New Order. Tal vez con Radio Pirata no hubiera pasado nada raro si no fuera porque la promo del programa la hicimos con el coro de *A quién le importa* de Alaska y Dinarama. Ese fue el detonante de un cambio en la historia de la radio y de la música en Colombia.

Cuando escogí la canción para musicalizar la promo le dije al grabador de Radio Super que aparte del coro sonara la estrofa que dice: “La gente me señala / me apuntan con el dedo / susurra a mis espaldas / y a mí me importa un bledo”.

En aquella época decir en la radio “me importa un bledo” era algo irreverente pero aún dentro de lo permitido. Esa frase llamó la atención de los oyentes que inmediatamente empezaron a preguntar cómo se llamaba esa canción y quién la cantaba.

El público pedía que programáramos la canción. La presión fue tanta que hicimos una reunión para saber si rompíamos las reglas y metíamos un tema de New Order en la emisora. Dijimos que sí, pero también dijimos que había que lanzarla con bombos y platillos y empezar a separarnos del resto de emisoras anglo de la época como Veracruz Stereo y Todelar Stereo.

Nace el “rock en español”

Lancémosla como rock en tu idioma dijeron unos, como pop latino dijeron otros, rock en español dijeron otros. En esa mesa estábamos Vicky Trujillo, la Supersónica; Jairo Álvarez, el Capitán Activo; Juan Carlos Gómez, Santiago Ríos, Jaime Piedrahita y el gerente Enrique “Blue” Martínez. Como no hubo consenso, terminé la reunión y me metí a la cabina. Cogí el disco de Alaska y Dinarama, lo saqué de la chuspa, lo puse sobre el tornamesa, cuadré la canción y sostuve el disco con un dedo mientras debajo de él giraba el tornamesa. Abrí el micrófono, anuncié la canción y dije: “Esto es rock en español”.

Al final del día *A quién le importa* era la canción más pedida por los oyentes, el paradigma se había roto y ahora solo había que desatar todo el potencial de una música que todos habían rechazado un par de años atrás. No estábamos descubriendo el agua tibia. Rock en Argentina, España o en Colombia había desde los sesenta en simultánea con la Beatlemania, pero fue en Medellín donde le pusimos la chapa de rock en español y le dimos alas.

Cuando esa noche fui a New Order le dije al DJ que me diera las canciones que más le pedían en el bar. Me entregó *La muralla verde* de Enanitos Verdes, *Devuélveme a mi chica* de Hombres G, *Mi sombra en la pared* de Miguel Mateos,

Soy un animal de Toreros Muertos, *Nada personal* de Soda Stereo y *Muevan las industrias* de Los Prisioneros.

Esa fue la primera andanada de canciones que lanzamos bajo el rótulo de rock en español. Los discos eran nuestros, exclusivos, nadie más los tenía porque ninguna discoteca los había querido sacar al mercado. Las canciones las escogimos nosotros, nadie nos dijo promuevan esta o aquella. New Order era la incubadora de canciones que luego pasábamos a Super Stereo ya con certificado de éxitos. A su vez, la emisora le devolvía el favor al bar haciéndole publicidad como el único lugar donde podían escuchar y bailar esa música.



Soda Stereo, 1995.

Finalmente un día llamé a Edwina Vásquez, la dura de Sonolux y le dije:

—¿Te acuerdas de ese disco que me regalaste un día de un grupo español llamado Los Toreros Muertos?

—No, no me acuerdo, ¿por qué?

—Pues sácalo —le dije—, porque es número uno en la emisora.

Me hizo caso y en un mes vendió treinta mil unidades y otras tantas de Miguel Mateos, mientras CBS/Sony se cansó de vender a los Hombres G y a Soda Stereo.

El salto a Bogotá

El rock en español salió de Medellín el día que Fernando Pava me llamó y me dijo:

—Cal, mándame esa canción que está de número uno en tu listado de éxitos. ¿Cómo es que se llama?

Era *Lobo hombre en París*, la que sería la primer canción de rock en español que sonó en Bogotá, casi un año después del *boom* en Medellín.

Como no habían discos en las tiendas, todo lo que sonaba en Bogotá eran copias en cartucho de nuestros discos de New Order, pero una vez que la capital acogió al rock en español la industria se echó a andar y el fenómeno se salió de nuestras manos y tomó vida propia.

Otros bares comenzaron a programar rock en español. El éxito de New Order atrajo hacia la Bolera Acuario a una horda de empresarios que montaron cuanto bar se les ocurría, atrayendo entre la multitud a los mafiosos de la época que rápidamente desplazaron a la comunidad original del bar. La fiesta había terminado.

Han pasado treinta años y con la misma mística de la peregrinación del ramadán, la comunidad de New Order se reúne cada año para revivir, solo por una noche, aquella época y aquella música que marcó nuestras vidas y cambió a toda una generación en la ciudad, en el país y en Suramérica. ☺

*Reencuentro New Order 30 años
Viernes 10 de noviembre en Bombay
Calle 10 #52-87 Medellín

confiar
COOPERATIVA FINANCIERA

es cosechar,
ahorrando con **paciencia**
y gastando con **parsimonia**

45 Años

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

www.confiar.coop

Síguenos en:
   

cooperativizando
para el **bien vivir**

Escuela
de Verano
EAFIT

• CURSO

URBANISMO SOCIAL, GESTIÓN PÚBLICA Y DISEÑO URBANO

La experiencia de transformación urbana y social que ha vivido Medellín en los últimos años es un referente mundial. Componentes fundamentales de esta transformación han sido el urbanismo social, la gestión de la seguridad y la convivencia, los procesos de gestión pública y comunitaria, así como la educación y la cultura orientadas hacia la búsqueda de la equidad.

Más información:

En la línea de atención al usuario (57) (4) 2619500 Ext. 9093
Y en el correo electrónico: escueladeverano@eafit.edu.co

www.eafit.edu.co/escueladeverano



Fotografía: Luis Fernando González.

Memoria sísmica

por ANDRÉS BURGOS

El primer sacudón de esa tarde casi me tumba del sofá. No dio tiempo para pensar. De entrada ese terremoto quiso diferenciarse del que once días atrás, unos minutos antes de la medianoche, sincronizó a los veinticinco millones de habitantes de Ciudad de México en un mismo tema. Esa vez sí alcanzó a sonar la sirena que hasta entonces nunca había escuchado y que desde entonces se unió a la banda sonora de mis pesadillas. Chilló lo suficiente para que me separara de la almohada, recobrar la consciencia y preguntara qué estaba pasando. A mi lado, mi esposa, que tiene un umbral más largo hacia el sueño, respondió con una coordinación que habría resultado cómica en otras circunstancias. Terminó de decir, “creo que es la alarma sísmica”, y sin transición alguna el edificio procedió a balancearse.

Ella se paralizó y yo entré en modo activo pero errático. En las carreras elegimos el que nos pareció el mejor lugar del apartamento, el peor por supuesto, y nos sentamos en el suelo, cada uno abrazado a uno de nuestros perros. Cinco pisos nos separaban de la calle, donde se oyeron gritos, voces que enmudecieron cuando la intensidad aumentó. Quedamos solamente con el chirrido de las estructuras, vidrios que se quebraban y un transformador que explotó a la distancia. Se fue la luz. En la ventana, las copas de los árboles eran como escobas invertidas barriendo un cielo salpicado de incandescencias. Los embates aumentaron con saña y en la eternidad de casi un minuto de impotencia nos dedicamos a mirarnos. Ninguno de los dos había considerado seriamente la posibilidad de morir en un sismo. Los que habíamos vivido en Colombia fueron sustos pasajeros. Anecdóticos. Pero ahora nos sobraba tiempo para incluir este final en el tope de la lista de probabilidades. Era así de simple, sucedía un sábado que parecía común y corriente. Y ya. Ninguna revelación ni reflexión trascendentes me vinieron a la cabeza. A cambio, pensé en la camisa carísima que me había negado a comprar esa semana. ¿Había sido una decisión acertada?

Obviamente el fin no fue y cuando paró de temblar hubo tanto aturdimiento como alivio. En la calle, un coro espontáneo quiso bromear cantando *Las mañanitas*, pero el ímpetu cedió al tercer verso. Bajamos a disipar el susto con el ritual de compartir entre extraños opciones de piyama y conversaciones que no habrían existido de otro modo. Nos asombramos con los 8.2 grados que reforzaban lo que habíamos sentido, lamentamos los daños que se anunciaban en Oaxaca y agradecemos la fortuna de poder regresar adentro cuando la calle se fue quedando vacía. Hacía frío. A lo mejor bastaba con elegir de antemano un punto verdaderamente seguro en el apartamento, acostarnos vestidos

y tener cerca un kit con agua, una linterna, los pasaportes, las tarjetas de crédito y los celulares. Eso ya era un plan de acción. Algo de seguridad daba contar con un derrotero en caso de que hubiera que enfrentar una réplica de lo impredecible.

Nada de esto me preparó para el 19 de septiembre, el día en el que se cumplían 32 años del terremoto que destruyó la ciudad. Y eso que se había hecho un simulacro una hora antes. Tembló cuando iba a llegar la pausa comercial de la una y media en El pulso de fútbol, mi rezago radial colombiano en las tardes que estoy solo en la casa. El primer sacudón bastó para entender las dimensiones de lo que vendría. Fui el animal que huye. Por fortuna mis perros son pequeños, entre los dos suman veinte kilos, y eso me permitió cargar uno en cada brazo para salir corriendo. El descenso por las escaleras habría sido igualmente difícil aunque no hubiera ido descalzo, con las manos ocupadas y sin las gafas. Un piso, dos, tres ¿o iban solamente dos? Las oscilaciones me lanzaban a los costados del pasillo y dejé la piel de los codos contra las paredes. Ni me enteré en ese momento. No podía distraerme en nada diferente a acertarle a cada escalón porque el traqueo de las vigas y columnas anunciaba una amenaza estremecedora. Era como estar dentro de un telar a plena marcha.

Creo que nunca podré dilucidar completamente cómo logré salir. Me detuve a recobrar el aliento cuando la portería quedó a mi espalda, pero la travesía no había terminado. No sé qué me hizo mirar hacia el costado derecho. Tal vez fue un estruendo que no registré. Quizá me guiaron las caras de pánico de quienes estaban parados en el separador de la calle, el camino peatonal arborizado que protagoniza las guías turísticas de la Condesa: el camellón de la calle Amsterdam. Lo cierto es que giré la cabeza hacia allá. En reemplazo de un paisaje que conocía de memoria había un telón gris oscuro, gaseoso. Sus contornos redondeados y volubles, como algodones sucios, se acercaban a mucha velocidad, tanta que solo alcancé a voltear en un acto reflejo para darles la espalda. De inmediato vinieron el gusto terroso en la boca y la oscuridad. Lo que había supuesto humo era el polvo que levantaron los escombros.

El velo tardó un instante en asentarse. A cincuenta metros, en la esquina de

mi cuadra, un edificio de ocho plantas había colapsado hacia delante después de tambalearse como un boxeador no-queado. El lugar donde había estado lo ocupaba ahora una montaña de escombros. El pasmo siguiente —corto, atollado y lúgubre— empezó a desgarrarse con los siseos de las fugas de gas, los gritos de alarma, los llantos y el frenesí. Un policía salió tambaleante de una patrulla aplastada en su mitad delantera. Las piernas se negaron a continuar sosteniéndome. No sé cuánto tiempo me quedé sentado en el suelo, inmóvil, agarrando a los perros para que no huyeran despavoridos. La precaución resultaba inútil porque ambos se quedaron quietos y casi ovillados. Al susurrarles que estuvieran tranquilos lo estaba haciendo en realidad para mí. Cada resuello me implicaba un esfuerzo agotador. En minutos, tanto los que escarbaban en los escombros como quienes nos mantuvimos a la distancia, limitándonos a ser testigos horrorizados, emprendimos un inventario de vivos y muertos. Unos y otros fuimos sobrepasados por el peso de las planchas de concreto y la ausencia de señal en los teléfonos.

Tardé tres horas en reunirme con mi esposa y mi suegra, quien había llegado de visita cuatro días antes. Cada una estaba en un costado diferente de la ciudad. En ese lapso prácticamente estuve sembrado en el mismo punto. El entorno tampoco varió demasiado. Escombros removidos que no reducían el volumen de los arrumes de donde salieron, helicópteros sobrevolando, sirenas omnipresentes, policías y bomberos en aumento, cámaras, camionetas que partían a toda velocidad con cuerpos cubiertos de sangre o enrollados en sábanas, pedidos de apagar los celulares y no encender los vehículos por el peligro del aire saturado de gas... El aturdimiento me mantuvo atado con un lazo corto durante lo que quedaba del día y la noche entera. Si emprendía una acción concreta o trataba de articular una idea medianamente compleja, con un tirón me devolvía a un limbo paralizador o amordazante. Una piñata resquebrajada había repartido roles en la tragedia y el mío fue de víctima. El barullo de las labores de rescate pasó frente a mis ojos, frente a la puerta de mi casa, como una película carente de verosimilitud que no podía dejar de ver.

La mañana siguiente, los militares debieron repetirme varias veces la orden de evacuación. Creo que poco faltó para que me enviaran ayuda psicológica, como hicieron con la ancianita de una casa cercana. No se me había pasado por la cabeza irme a otra parte. Sabía que varias construcciones del perímetro se habían desplomado y otras tantas quedaron en mal estado, en riesgo de caerse. Pero la mía, aparte de unas varillas que habían perforado la pared, estaba bien. Solo cuando el edificio que colinda con el mío empezó a bailotear al vaivén de los taladros hidráulicos de los rescatistas comprendí el cuadro global. Si a esto sumábamos que no había energía eléctrica ni gas, resultaba completamente comprensible la decisión de que en nuestra calle solo quedaran los equipos de rescate. En un comienzo, voluntarios y residentes fuimos exiliados al Parque México, a una cuadra de distancia, donde la amplitud del espacio nos brindaría una relativa seguridad.

El caos del tráfico y las calles taponadas habían obligado a mi esposa a dejar el carro a un kilómetro el día anterior. Ahora estaba allá con su mamá recargando sus teléfonos. De regreso, las autoridades les impidieron acercarse a la casa. La cuadra estaba encintada. Yo salí con lo que tenía puesto, los documentos necesarios y los dos perros. Por fortuna, había vuelto la señal del celular y nos pusimos una cita en un punto específico del parque: banca del loco que dibuja. Era un personaje inconfundible de nuestra cotidianidad y una referencia geográfica precisa. En nuestros paseos por



Fotografía: Andrés Burgos

la colonia nos había llamado la atención porque rara vez se movía de ahí. Gastaba el día trazando en un papel esquemas que luego analizaba con seriedad. Al llegar la noche, recogía sus pertenencias y se acostaba a dormir sobre lo que había sido su escritorio.

En la banca del loco que dibuja nos encontramos. Él no estaba ahí. El sitio se veía limpio y tomamos posesión. Era mejor intentar procesar con algo de comodidad lo que sucedía y no errar, con la mirada de desasosiego puesta aquí y allá, como los cientos de personas que abarrotaban los senderos del parque a esa hora. Sentado ahí, de repente tuve conciencia de que por primera vez el ruido no estaba en primer plano. Nadie más parecía notar lo, todos estaban en lo suyo. El alivio fue tan sorprendente que no supe disfrutarlo. Me dediqué a estudiar el entorno como si fuera un país lejano en el que acaba de aterrizar y no el lugar por el que caminaba todo los días. Descubrí así a unos metros la cabeza del loco que dibuja. Emergió de unas cobijas que lo cubrían completamente. Nunca antes lo había visto acostado en otra banca.

Se incorporó en el ángulo que le concedió la palanca de un codo y oteó los alrededores. En sus ojos no había curiosidad ni molestia. Abarcó con indiferencia la masa de recién llegados, después agarró el borde de la cobija sucia y se giró envolviéndose. En ese movimiento me pareció verlo voltear una página. Diría que fue el primero en hacerlo. A los demás nos faltaban días, semanas, meses de resolver problemas prácticos, tomar decisiones de vida, implementar logísticas, irnos o quedarnos, intentar dormir unos minutos más cada noche, dejar de confundir cualquier sonido con la alarma sísmica para que el corazón se detuviera varias veces al día, negociar con el miedo, entender en el azar una condena pero también un margen de suerte, literalmente quietarse, bajarle a la obsesión con los edificios torcidos, dejar de ver videos de derrumbes, escuchar historias porque todos quedamos con una, contar la propia, escribir la quizás: lo que fuera necesario para imitar, cada quien a su modo, a ese loco. La paradoja de abrazar la incertidumbre para tranquilizarse. Pasar la página y seguir viviendo. ☺



Fotografía: Andrés Burgos



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

BITÁCORA

El hotel Balcones de Bocagrande queda a dos cuadras del mar. Es una casa de dos pisos, ni muy chica ni muy grande, ni muy vieja ni muy nueva, vestida de blanco; la cercan dos edificios amenazantes, no sé si también hoteles. Tiene una bonita fuente, un patio diminuto, y un *Cóndor* de Obregón en el comedor. (La librería Ábaco —esquina de las calles de la Iglesia y Mantilla— es un noble lugar con algo de burbuja. Gracias por el consejo, Maya).

Otro día: Una playa larga, un mar doméstico, muchos bañistas, muchas gordas; más numerosos que los bañistas son los nativos, que te abordan en cuanto te ven. Negras locuaces que te invitan a masajes en las piernas y los pies, vendedores que ofrecen cangrejos, o pescados con patacón, o baratijas, o collares. Una negra de voz insistente te promete, si eres mujer, hacerte un peinado de trencitas; no es mi caso, pero sí el de mi acompañante, quien pasa por alto las trenzas. Si tienes paciencia para resistir esos embates, los atacantes (no sabe uno por qué) van espaciando sus asaltos, hasta que casi desaparecen, te dejan ver el mar. Misión cumplida.

La auténtica belleza corporal está arriba, en esas aves que prodigan euritmias. Pelícanos, albatros, flamings, alcátraces, conviven, se complementan; sobrevuelan el agua, se alejan y vuelven, una y otra vez, libres de tiempo. Vecinas de los humanos, los ignoran olímpicamente. Como me explica mi amiga (poeta surrealista), en la playa no se bajan.

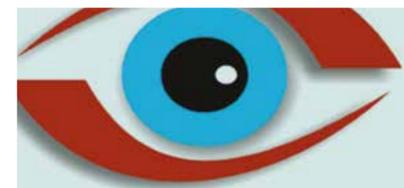
Más tarde, bordeando “el mar aletargado por el tedio de las cuatro”, un taxista nos lleva de nuevo a la ciudad vieja. Callejas, balcones, portales, cal y piedra, plazoletas, bares amigos. Se nos queda inédito el Museo de Arte Moderno, a causa del horario. Un folleto turístico lo promociona informando que posee una amplia colección de obras de Enrique Grau. La crítica cachaca subestima a Grau. No sabe, o no quiere saber, que Grau es Cartagena.

Gracias a Avianca, el regreso a Medellín fue por tierra. Al menos ocho horas de ese trayecto interminable ruedan por la costa. Paisajes que uno intuye feraces, planicies que nunca se acaban, chozas y vacas y burras regadas por el camino. Todo se ve a través de vidrios sépticos, y una temperatura acondicionada niega lo que los ojos ven. Unas cosas por otras, le digo a mi compañera de viaje, que duerme el sueño de los justos. Pero ahora este cronista los viajes de antes, con paradas, cansancio, gente, hambre, sudor y lágrimas. Sabíamos que estábamos pisando tierra, y que al final, como dice Dorothy, nada es mejor que llegar a casa.

Epílogo. Todo resultó estupendo en esta excursión en busca de la guayaba. Casi lo mejor, su perfecta gratuidad. Lo mejor, la compañía. Dejemos ahí, curioso lector.

CODA

Murió Yezid Alzate, en absoluto olvido. Yezid fue la segunda voz del dueto Hernando y Yezid, el primero en divulgar el pasillo *Collar de lágrimas*. Es curiosa la historia de esa canción, siempre vigente, pero la dejo para después. Hoy solo quiero evocar a este hombre, bueno y limpio, de bella voz y puro de alma. Quedan sus grabaciones, no muchas, y borradas ya de los diales. Gustavo Escobar, salve usted la Patria. ☺



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Acentos prestados

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Tobías Arboleda

MI amigo Ricardo Vásquez me contó de una fiesta en el barrio Palermo de Buenos Aires en la que apareció el típico porteño sobrador, moviéndose entre la gente con su solidez exagerada y pontificando generalidades a diestra y siniestra con una seguridad achicopaladora. Al final de la fiesta Ricardo se encontró de frente con el tipo, esperando turno para el baño. Intercambiaron unas frases y a mi amigo le pareció reconocer un dejo familiar que se filtraba entre las grietas del cantadito rioplatense. Se quedó mirándolo fijo.

—¿Vos de dónde sos, güevón? —le preguntó inquisitivo. El otro se puso incómodo, se amedrentó un poco pero contestó sin perder un ápice de suficiencia.

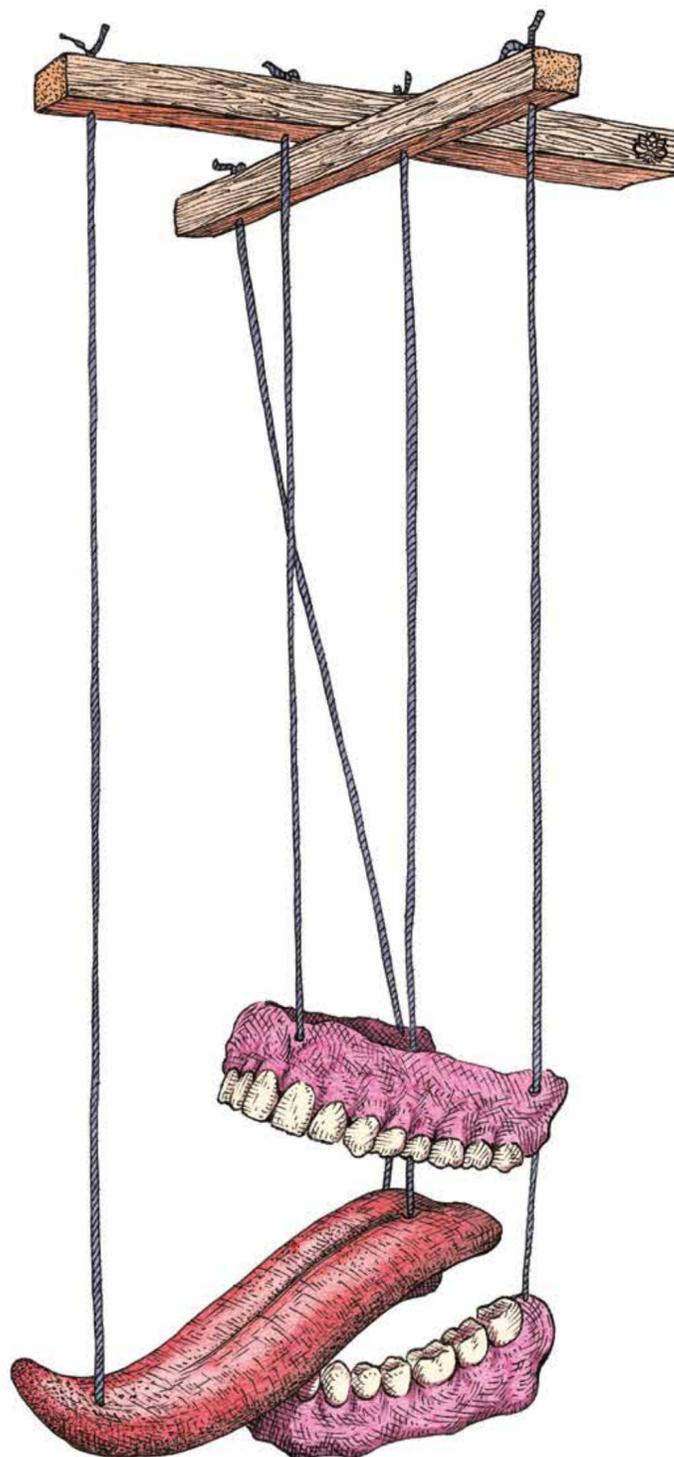
—¿Sho? De Belén Las Violetas.

—¡Marica! ¡Este man es de Medellín! —gritó Ricardo, no por banderarlo sino maravillado por su talento.

Cuando me contó la historia me acordé de un par de situaciones similares de las que he sido testigo. Siempre me ha parecido curiosa la decisión de ciertas personas de cambiar el acento, sin aparente necesidad, hasta no dejar rastros de su propio modo de hablar. Me acordé de esa época en que el torero César Rincón contestaba en las entrevistas: Joder, enhorabuena chaval, la hostia; todo con la zeta arrastrada; y me acordé de mí mismo, a quien he sorprendido en los colectivos o en los taxis diciendo con una musiquita porteña el destino hacia el que me dirijo. Mi mamá lo hubiera solucionado de un solo plumazo: falta de personalidad. Pero yo ya no le creo a mi mamá porque desde que existe el tuitero corroboré que toda frase contundente y deslumbrante está construida sobre una espectacular simplificación. En mi caso me di cuenta de que el acento ajeno me sale inconscientemente, tratando de evitar la malaleche de algunos choferes frente a los extranjeros. O más bien tratando de evitarme a mí mismo, a mi respuesta auténticamente colombiana de rabia animal ante una ofensa.

En el bando opuesto de los “traidores de la identidad” me he encontrado con los que tienen el mismo problema en sentido inverso: los nacionalistas a ultranza que desprecian a los fingidores del acento ajeno, y exageran su colombianidad hasta la caricatura. El costeño gozón de camisa guayabera y sombrero voltio con su sabrosa empalagosa, en medio de un país tapizado de nieve; o el paisa que entra pisando duro con su espontaneidad pavimentada, llamando al mesero a los gritos como si acabara de comprar el bar: Mijo, haceme el favor y me regalás dos güisquitos (¿me regalás? Lo mira el mesero extrañado).

Una esquizofrenia de la identidad que agarra por caminos distintos. Como si no pudiéramos ser simple



y tranquilamente colombianos, sin ningún énfasis ni temor, como algo que simplemente pasó sin haberlo escogido y que no está ni bien ni mal, una simple contingencia de haber surgido en este mundo. Esa mixtificación del afuera en un país que se encerró con candado dentro de sí mismo (loas y gracias a don Luis López de Mesa), para proteger una identidad coja.

Recuerdo cuando mi amiga Verónica se enamoró del francés. Ella se recorría Medellín todos los días, de bus en bus, supermercado por supermercado, arreglando los estantes y surtiendo los productos de una marca para la que trabajaba como impulsadora. Una vez estaba poniendo sus promociones en una góndola cuando se le acercó un hombre de unos treinta años.

—¿Pardón madmuasel, usted sabría dónde encuentro crema para afeitarse?

Al escuchar la erre arrastrada volteó atónita. Balbuceó, le explicó dónde estaba la crema y lo vio irse, con los ojos encendidos, mientras el hombre se perdía

entre los estantes. El tipo volvió a aparecer a la semana. Le dijo alguna pendejada y se fue dejándola en éxtasis. Un día la invitó a salir. Una salida breve a comerse un helado que la dejó caliente, porque el francés arguyó una contingencia de última hora y tuvo que salir apresurado. Una noche, después de que Verónica me había contado su historia, estábamos sentados en la mesa de un bar cuando ella se emocionó y señaló hacia la puerta, escondiéndose. El francés entraba acompañado de dos amigos. Siguiéron de largo y fueron a sentarse en unas de las mesas del sótano que había en el negocio. Me paré y fui a espiarlo. Me quedé con la boca abierta cuando lo escuché hablar.

—Avemaría mijo —le decía a sus acompañantes, levantando las manos, con un hablado que podría haber sido el del mismo Cusiaca—, no me creas tan güevón ome...

Volví donde mi amiga.

—Ese francés es envigadeño —le dije.

—Cómo así.

No me quiso creer. Luego cuando supo la verdad no le importó porque ya estaba enamorada. Se hicieron novios y duraron hasta el día en que el francés piratado se fue sin pagarle doscientos mil pesos que le debía y dejándole la deuda del celular que había sacado a su nombre. A los pocos meses Verónica superó el fracaso y se fue para Estados Unidos a casarse con un gringo que había conocido por internet, logrando al fin su objetivo de unirse a algún extranjero que la sacara de su país y de su condición. Y sí, la tonada extranjera (siempre que no sea ecuatoriana o boliviana o paraguaya) representa la ilusión de salir adelante.

Pero a veces el acento extraño no tiene otra atracción que la sonoridad de lo distinto que nos lleva a otros mundos, que nos hace recorrer lugares desconocidos, sin más interés que el de volar un rato, como pasa con la literatura. Hace unos años fui a hacer un curso en La Habana por la misma época en que estaban pasando en la televisión estatal la telenovela *Café con aroma de mujer*. Esa novela fue un acontecimiento nacional en Cuba. Por la noche, a eso de las siete u ocho, las calles de la ciudad permanecían desiertas porque la gente se encerraba a seguir con pasión las peripecias de la Niña Mencha haciendo de antioqueña. Una noche iba por una calle oscura de La Habana Vieja, hablando con una amiga sueca, cuando pasamos por el lado de un grupo de hombres y mujeres que charlaban sentados en sillas en la acera. Al sentirnos llegar se quedaron callados, oyéndonos, oyéndome, y de un momento a otro un negro alto de chanclas y camisilla se paró emocionado y gritó el descubrimiento maravilloso que los demás habían hecho en silencio.

—¡Coño! ¡Habla como en la telenovela!

Me llamaron entusiasmados y yo me acerqué con una sonrisa. Ni me saludaron. De inmediato una morena acuerpada me pidió coquetamente mientras pelaba los dientes parejos:

—Oye, habla, habla por favor.

Entusiasmado con la muchacha empecé a hablar exagerando mi naturalidad.

—Eh Avemaría pues, qué berraquera ome, uno por aquí embolotado en estas calles tan hermosas con esta gente tan querida, pues.

Abrieron los ojos, felices, exaltados. Nos invitaron a tomar ron y salimos de esa casa a las cinco de la mañana, felices y con amistades entrañables.

Y hace unos dos años pasaron por la televisión argentina la serie: *Pablo Escobar, el patrón del mal*, que fue también una sensación en este país. La gente vivía maravillada con la valentía de ese delincuente al que uno solo puede admirar en la ficción si no ha sido tocado en la vida real por su nefasta audacia. Tanto que muchos argentinos se aprendieron de memoria un estribillo que repetían como un chiste, tratando de imitar la tonada paisa.

—Yo le mato a usted el papá, la mamá, los hijos, a su esposa, mejor dicho hasta a su abuelita y si su abuelita ya está muerta yo se la desentierro y se la vuelvo a matar —machacaban muertos de risa.

En Buenos Aires también me pararon una vez en la calle:

—Hablá, decí cualquier cosa.

Como el ambiente era simpático y sentía buena onda comencé con el eh Avemaría pues hombre que cosa tan berraca...

Pero a la mitad de la frase me sentí como un muñeco de cuerda y paré de imitarlo. Me cayó un cansancio infinito. Hay un momento en que uno se cansa de tonadas y países y pertenencias, en el que uno no quiere ser de su país pero tampoco quiere no serlo; momentos en que no quiere ser de la tierra ajena en la que vive, pero tampoco quiere no serlo. Uno simplemente quiere ser uno, el que es donde sea que esté; sin luchar con eso ni enfatizarlo. A lo mejor por ese camino alguna vez llegue a sentirse orgulloso de su tierra sin tener que pensarlo. Sin complejos y sin ese orgullo arrasador y patrioter que nos hace sentir avergonzados. ©



SALSA ÉXITOS DEL MUNDO VOL. 1 UNA MUESTRA DE LA ACTUALIDAD SALSERA

De venta en la sede de Latinastereo y en
Latinastereo.com



CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA
INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS
Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café
☎ 316 668 11 82

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Desengaño terminal

por LUISA F.

Ilustraciones: Verónica Velásquez

a sacar una mala nota si no entregaba un artículo estructurado y bien escrito. Tras catorce años de memorizar nombres en latín, dosis que tendría que repetir porque al pasar la página las olvidaba, llegué a pensar que tal vez el cielo sí existe y se mide en clics.

En la medicina, pensar y opinar significa tardar en tomar decisiones, y, en el peor de los casos, terminar en la cárcel. Además, lo que parece lógico muchas veces se contradice con los estudios. Entonces hay que mantenerse actualizado sobre paradigmas que en un par de años probablemente serán obsoletos. Supongo que no tengo la vocación de servir. Es que no quiero que ningún paciente me diga que está vivo gracias a mí, que yo sí le escucho, o que por fin un médico “dio con lo que tenía”, aunque lo oigo casi todos los días. Ni siquiera me gusta escuchar, solo prefiero ahorrarme discusiones y jamás hacer uso de la póliza de responsabilidad civil.

Cuando mis compañeros de maestría se quejaban de que las prácticas eran exigentes y sin remuneración, yo recordaba el internado: pagar un año académico para hacer turnos de noche, dormir en camillas y colchonetas; atender pacientes a las cuatro de la mañana mientras los especialistas duermen, y escribir las historias clínicas para que ellos las firmen, a veces sin leerlas, sentados en sus camarotes con la cobija encima y la almohada marcada en la mejilla. Por eso, me quedaba gustosa en la redacción escribiendo sobre el proceso de paz o la “polémica foto” de Kim Kardashian.

En este punto imagino que muchos de mis lectores querrán saber mis datos personales para jamás pedir una cita conmigo. Lamento ser yo quien haga esta revelación, pero lo único que diferencia mis quejas de las de mis otros colegas es que yo hice algo al respecto. Bueno, además de catorce años de déficit de atención e hiperactividad, o TDAH, no diagnosticado ni tratado. Y dieciocho años de depresión perenne que me hicieron desarrollar el sarcasmo que ayuda a sobrevivir cuando el suicidio deja de ser una opción.

Cuando estaba en primer semestre, la fotocopiadora de la facultad también servía como fotocopiadora de la clínica, así que los pacientes iban allí a sacar copia de sus documentos para los trámites con su respectiva EPS. Delante de mí, en la fila, estaba un señor de unos setenta y tantos años y, delante de él, una estudiante que luego supe estaba en octavo semestre. Una vez recibió sus fotocopias ella dio unos pasos para irse, pero el empleado de la fotocopiadora la llamó: “Espere, se le quedó el libro”, a lo que el anciano respondió: “Cómo será en el hospital. Deja la pinza dentro del paciente”. Si un médico toma un paquete de fotocopias y olvida el libro, quién sabe, también podría dejar a un paciente abierto e irse a dormir. Me imagino a aquel hombre preguntándole a cada uno de sus médicos si alguna vez ha salido en la mañana y dejado la cafetera prendida, y si alguno responde que sí, rompiendo la fórmula a la salida y pidiendo una cita con otro.

En segundo semestre, al final de una clase sobre los músculos del tórax, un profesor de anatomía dijo que aún estábamos jóvenes y a tiempo para estudiar lo que quisiéramos. Renegué en silencio. ¿Renunciar? Eso sería fracasar. Obstnada y en medio de la peor depresión de mi vida, estaba convencida de



La pregunta lógica es por qué no me fui antes. Ojalá la respuesta fuera igual de simple. Un colegio de monjas en la Medellín de los noventa, el conservadurismo de mi familia y mi credulidad terminaron convenciéndome de que el prestigio era más importante que la satisfacción. Eso y que, como diría un compañero de primer semestre que un año más tarde se iría a estudiar diseño gráfico, “la medicina es la carrera del que no tiene carrera”. Tiene sentido. En el colegio era pésima en química y ni siquiera me gustaba la biología. Un año y medio más tarde estaba diseccionando un cadáver y memorizando el ciclo de Krebs. Tenía quince años, cursaba el grado once, no sabía dibujar ni cantar, me gustaba el voleibol, pero no era una gran deportista; me gustaba tocar guitarra, pero no era capaz de sacar a oído ni un villancico. Así funciona el subdesarrollo: mientras en Colombia la música y el deporte son *hobbies* de fin de semana para la mayoría, en Europa les pagan a los estudiantes por hacer lo que les gusta.

Lo único que le agradezco a la medicina es poder automeedicarme. No tener que ir de consultorio en consultorio, pidiendo quintas y sextas opiniones, sustentando mi hipocondría en la primera página de Google, me ha ahorrado tiempo.

Dos años después de terminar el rural, aún pensaba que algún día haría algo que disfrutara. Y procrastinando. Tenía mucho ahorrado. Sabía que iba a necesitar plata para no tener que volver a la medicina, como una adolescente que se independiza y, tras probar suerte, vuelve a su casa con la mirada baja a pedirles dinero a los papás porque se cansó de decidir entre un almuerzo y un pasaje.

Finalmente me harté. Una paciente llegó nueve minutos tarde y no la atendí. Me insultó, su novio, desafiante, me dijo que trabajaba en la Secretaría de Salud de Antioquia. Le respondí, “super bueno”. Después de veinte minutos de insultos (“esta medicucha”, “esta cosa”, “uno se está muriendo y no les importa...”) durante los cuales me limité a escribir textualmente lo que me decían, llamé al vigilante para que los sacara. Ellos llegan tarde y los médicos desalmados no los esperamos, pero si uno se atrasa, a los pacientes les toca esperar. Y si atiendo al que llega tarde, el siguiente se molesta

porque llegó temprano y me demoré en llamarlo. Así *ad infinitum*. Y con ese argumento que ya me sabe a mierda, los “dueños” de la salud en Colombia nos tienen enfrentados a médicos y pacientes, mientras se enriquecen con cada barra que se inventan para limitar los gastos.

La confrontación con aquella mujer (con cuya altanería consiguió una nueva cita ese mismo día, con otra médica que le diagnosticó una faringitis viral) fue lo que necesité para irme a Bogotá a hacer una maestría en periodismo. Ya me había presentado dos veces, en octavo y noveno semestre de medicina, pero no pasé. Igual, tampoco sé qué habría hecho en caso de pasar. ¿Qué les habría dicho a mis papás? ¿Que lamentaba haberlos hecho pagar cinco millones de pesos cada semestre, pero quería estudiar otra cosa?

Hasta ese momento lo menos malo del trabajo era redactar las historias clínicas. Cuando el paciente salía, las releía y reescribía. Una amiga me dijo que le gustaba leerlas porque parecían “historias de internista”. Asumo que de un profesor internista que debe dar ejemplo, no los telegramas de quienes no enseñan. Por eso especializarse es tan importante: para poder disfrutar del placer de ganar más escribiendo menos, dando cuenta de un solo motivo de consulta en vez de “varias cositas” que demandan más de quince minutos.

La maestría era perfecta: duraba tres semestres, a diferencia de los ocho de una carrera, y el único prerrequisito era tener un pregrado. Al terminar, cuando empezaba la tesis, me contrataron como periodista y trabajé dos años escribiendo sobre salud, política, internacionales... lo que fuera. Habría escrito un perfil de Uribe, el gran colombiano, con tal de no volver a oír a gente culpándome de los errores de otros médicos, de lo difícil que es conseguir citas, además de ordenarme que les ordenara los exámenes que creían necesitar y a qué especialista remitirlos, o todas las anteriores.

Los semestres de maestría fueron la mejor época de mi vida, los únicos días en los que no odié despertar cada mañana. Mientras viví en Bogotá, por primera vez en 29 años, dejé de esperar con ansias los fines de semana. Quería escribir y que alguien llenara mi texto de tachones y correcciones que me ayudarían a enfrentar textos futuros. Me arriesgaba

que cancelar el semestre sería darles la razón a esos profesores de bachillerato que parecían seguros de que la factorización era un gran indicador del éxito profesional, y que el puntaje del Icfes es directamente proporcional a la belleza de los hijos y el salario.

En tercer semestre, un grupo de estudiantes de otra universidad expuso los resultados de una encuesta en la que encontraron que un poco más del ochenta por ciento de los estudiantes de medicina habría preferido estudiar otra carrera. No sé por qué me sorprendió el hallazgo, tal vez porque la gripa que tenía hacía que mi atención fluctuara entre las diapositivas y mi rinorrea. Para ese momento ya tenía evidencia empírica que soportaba tal conclusión. Cuando estaba en preuniversitario, un completo desconocido que cursaba sexto semestre, amigo de una compañera, me confesó en el patio frente a la rectoría que, si pudiera, devolvería el tiempo y estudiaría otra carrera. Atónita le pregunté por qué. “La carrera y los pacientes son muy mal agradecidos”, respondió. Fungiendo de orientadora profesional, le sugerí que aún era tiempo de hacer lo que quería. Respondió que no tenía otras opciones. Tres años de repetir, memorizar y adular doctores le atrofian el cerebro a cualquiera.

En quinto semestre, en unas horas de receso en la cafetería, el tema salió al aire durante la crisis que produce perder un parcial tras otro de medicina interna. Éramos cinco compañeros en una mesa. La que ostentaba el mejor promedio del salón, fungía de monitora del semestre y nunca había perdido un parcial de medicina interna, confesó que si pudiera devolver el tiempo estudiaría otra cosa. Si eso lo decía la que discutía en las rotaciones cuando alguien sacaba una nota más alta que la suya, ¿qué podíamos esperar los demás mortales? Todos asentimos con la mirada baja pero nadie dijo nada. Tal vez mis compañeros creían, como yo, que ya era tarde y habíamos sido muy cobardes para hacer algo a tiempo.

En su primera clase, uno que otro doctor daba el mismo discurso lastimero del tipo “aún están a tiempo de tomar consciencia”, como si fuera un chiste, pero a mí me producía pánico. Pensaba en un secuestrado a quien le apuntan con una pistola mientras trata de hacerle señas a la patrulla que pasa por el lado.

Sin embargo, entiendo la fascinación que causa un libro como *Do no harm*, de Henry Marsh, y lo exótico que resulta que un cirujano, nada más y nada menos, pueda unir sujeto, verbo y predicado. Además, es lógico que las experiencias de un médico despierten interés, aunque sea una lectura lenta y repetitiva, ya que desmitifica el miedo de los pacientes a poner sus vidas en las manos de “otro mortal” como ellos, miedo que les lleva a hacer exigencias ridículas.



Infelizmente, cuando Dios guio a los apóstoles para que plasmaran su sabiduría en papel y la dieran a conocer al resto de la humanidad se preocupó más por asegurarse de que los dueños supieran cómo tratar a sus esclavos hebreos que por revelar la cura del cáncer. Desde entonces y para siempre, estamos condenados a aprender del ensayo y el error.

Siguiendo con las historias de negación, en una reunión semanal donde le recuerdan al personal que su trabajo no apesta tanto, la psicóloga nos preguntó a quince médicos por las cosas buenas de la medicina. Hubo tres respuestas: “Solucionarle al paciente”, “el conocimiento” y “la resolutiveidad”, que es lo mismo que solucionarle al paciente. Mientras la psicóloga permanecía en silencio esperando más opiniones, todos nos mirábamos y la mirábamos a ella, en blanco, pensando en el salario sin decirlo, porque qué médico cuyo modelo a seguir debe ser Patch Adams se atrevería a admitir que lo que más, o lo único que le gusta de su trabajo es tener un sueldo decente. Seguramente Patch Adams pagaba servicios y mercaba con su vocación. Cuando la psicóloga preguntó por lo malo de ser médico la participación se duplicó: las restricciones del sistema, las expectativas de los pacientes, los pacientes groseros, el tiempo limitado de las consultas, tener que preocuparnos por los gastos... Todos se rieron y recordaron los pacientes sabios cuando dije Google.

Me imagino lo que el paciente promedio diría si supiera que su médico no disfruta de su trabajo o, peor, que lo odia. Afortunadamente somos buenos actores. Y justo ese número digno de la mejor interpretación de Meryl Streep es lo que me tiene viendo pasar mi vida en cajas vacías de antidepresivos, y no en años.

“A mí me gusta el conocimiento, estudiar. Si no fuera por estas lomas hipocondríacas...”, me diría una amiga tras lidiar con una señora que le exigía exámenes, pero no quería tomar ningún medicamento para su diabetes. Como si hacerse glicemias y perfiles lipídicos dos y tres veces al año le fuera a evitar un infarto, o tal vez esperaba la cura mágica tras años de rezos e ingesta de hierbas de efectividad demostrada por las vecinas.

Entiendo si en este punto causo animadversión. Es comprensible. Después de todo, así es como un paciente determina quién es un buen médico: por su sonrisa y el número de exámenes (entre menos necesarios, mejor) que le solicite. ¿Qué más puede hacer? El paciente no es médico, no sabe si quien está detrás del escritorio se leyó el capítulo que hablaba de su enfermedad y teme que su diarrea sea un cáncer colorrectal terminal, así que, a fin de cuentas, lo que importa es qué tan buen culebrero es el portador de la bata. El consultorio es una oficina de ventas en la que el vendedor, cuya sonrisa y amabilidad

también son calificadas al final de cada mes, intenta convencer al usuario de que no se está muriendo, y de que entre más exámenes y tratamientos innecesarios y sin bases clínicas o científicas un paciente exija, con el fin de “estar seguro” y “quedar tranquilo”, “porque para eso paga EPS”, menos recursos habrá para la cirugía de cataratas del anciano del Sisbén y la quimioterapia del niño con cáncer en el régimen subsidiado.

Esas dudosas virtudes del médico recreacionista las confirmé en el rural con un colega al que me refería como el culpable de la morbimortalidad del pueblo. Los otros médicos, con las mismas quejas que yo, respondían a ese calificativo con un gruñido y volteando los ojos. Nos sentíamos culpables de criticarlo, después de todo ¿quién no se ha equivocado alguna vez? Pero los pacientes lo adoraban. Se sentaba en el pasillo a jugar con los niños y a chismosear con los padres en vez de atender las urgencias. Una de las veces que le recibí turno me entregó un paciente “con una diarrea de bajo gasto” que una hora más tarde terminó en choque hipovolémico; en otra ocasión dejó a un señor infartado sentado toda la tarde en la camilla de urgencias sin recibir tratamiento alguno. Mientras el doctor aquel se dedicaba a las relaciones públicas, el resto de nosotros, tan “serios” que no mandábamos exámenes innecesarios por nuestra odiosa costumbre de apearnos a lo que nos enseñaron en la universidad, hacíamos control de daños.

Lo irónico es que soy buena médica y los pacientes me aman (excepto los hipocondríacos que llegan tarde, con cuatro motivos de consulta, a decirme que les mande lo que les dijo su vecino, lo que encontraron en Google, lo que les confirmó un amigo médico o que, más frecuentemente, no es médico, pero “tiene lo mismo”). Otros me han dicho que soy la que mejor los ha revisado o la más amable que les ha tocado. Otros dicen que seguirán pidiendo sus citas conmigo. Algunos, cuando decido remitirlos al especialista, me preguntan cuándo me volverán a ver. “Pues, el especialista ya se encarga de seguirlo manejando... Si tiene alguna otra cosa, vuelve”, respondiendo, ante lo que reaccionan con un puchero de desaprobación, como cuando un profesor les dice a los niños que el recreo será más corto.

Durante años me lo pregunté y se lo pregunté a mis compañeros, y nunca entendí, por qué un ama de casa iría a la EPS una y dos veces al mes por gripas y diarreas si cualquiera que haya tenido una gripa o una diarrea sabe que son autolimitadas. Eso implica hacer filas, esperar sentado, recibir chuzones, pastillas... Pero un día comprendí. Después de salir de una cita, sentada en espera de un larguísimo turno para reclamar mi fórmula, sentí una satisfacción fugaz: alguien me cuidaba, se preocupaba por mí tanto como para mandarme medicamentos costosos y exámenes de control. Cuando volví a la realidad, sentí asco de mí misma. Este sistema de salud del que tanto renegamos es una de tantas fuentes de autocomplacencia que el ser humano necesita para no sentirse solo, inútil, olvidado. Ya dejé de contar las veces que he oído a pacientes junto a mí, en una sala de espera, competir por quién tiene la enfermedad más grave.

—El doctor me dijo que tengo la presión muy alta y me aumentó la droga.

—Pues a mí me mandó para donde el nefrólogo porque la presión me está dañando los riñones. ☹

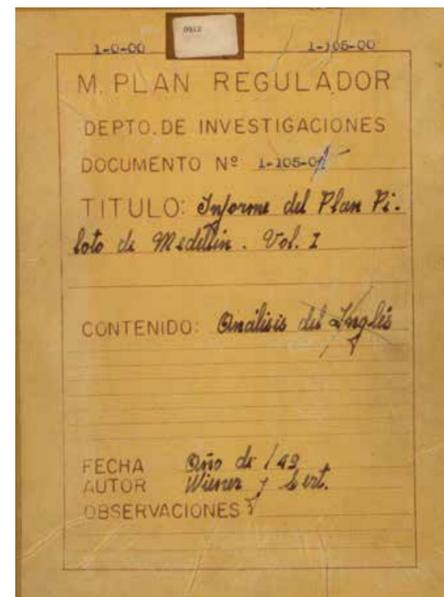
Regular lo irregular

Pocas figuras tan controvertidas y tan influyentes en la historia urbanística del país como las que representan los nombres del catalán Josep Lluís Sert y los suizos Paul Wiener y Charles-Édouard Jeanneret-Gris, más conocido como Le Corbusier. Este último —reconocido por ser el pionero del urbanismo del siglo XX y uno de los exponentes de la arquitectura moderna y del estilo internacional— diseñó más de veinte ciudades en el mundo. Vino cinco veces a Colombia, entre ellas una a Medellín, diseñó un plan de urbanización para Bogotá e influyó tangencialmente en el Plan Regulador de Medellín, o sea, la traza de nuestra “Tacita de Plata” no pasó inadvertida por su cerebro.

La propuesta para la capital antioqueña incluyó la canalización del río y la articulación de la ciudad en torno a aquel, el reordenamiento del Centro y la construcción de un nuevo foco administrativo —que derivó en la creación del aún vigente centro administrativo La Alpujarra—, el control de los asentamientos en las laderas —lo que hoy se entiende como el

Cinturón Verde— y la construcción de la zona deportiva del estadio Atanasio Girardot. Si bien el Plan Piloto de Wiener y Sert no es el primer referente de planificación urbana de la ciudad —lo es el renombrado *Plano de Medellín Futuro*, realizado en 1913 mediante una convocatoria gestada por la Sociedad de Mejoras Públicas—, sí es el más significativo y determinante de nuestra ciudad actual. Diseñado entre 1948 y 1952, define paralelamente el Plan Regulador de la ciudad, que tardó casi diez años en ser estructurado (1958-1960) para servir de herramienta de la planeación urbana integral. A partir de este, muchos de los proyectos de la planificación urbana hasta nuestros días fueron ejecutados y otros comenzados, pero la ausencia de una legislación urbanística a nivel nacional y el enorme e inesperado crecimiento demográfico de la ciudad en el periodo 1950-1980 hicieron que la propuesta del Plan Piloto no pudiera ser implementada por completo. Sin embargo, este se eleva como referencia primera de la

influencia de la modernidad aplicada a las ciudades latinoamericanas y como modelo específico de planificación y ordenamiento urbano para Medellín. Los informes, planos, correspondencia y documentos complementarios a este y otros proyectos de desarrollo urbano se pueden consultar en los Centros de documentación del Departamento Administrativo de Planeación Municipal actualmente ubicados en el Archivo Histórico de Medellín y en la Biblioteca Pública Piloto.



Le Corbusier en Medellín.

En un mundo donde el agua es vida, nos unimos a un lugar lleno de secretos.

Acuario Parque Explora

Por ti, estamos ahí



¿CONOCES EL MUSEO CASA DE LA MEMORIA?

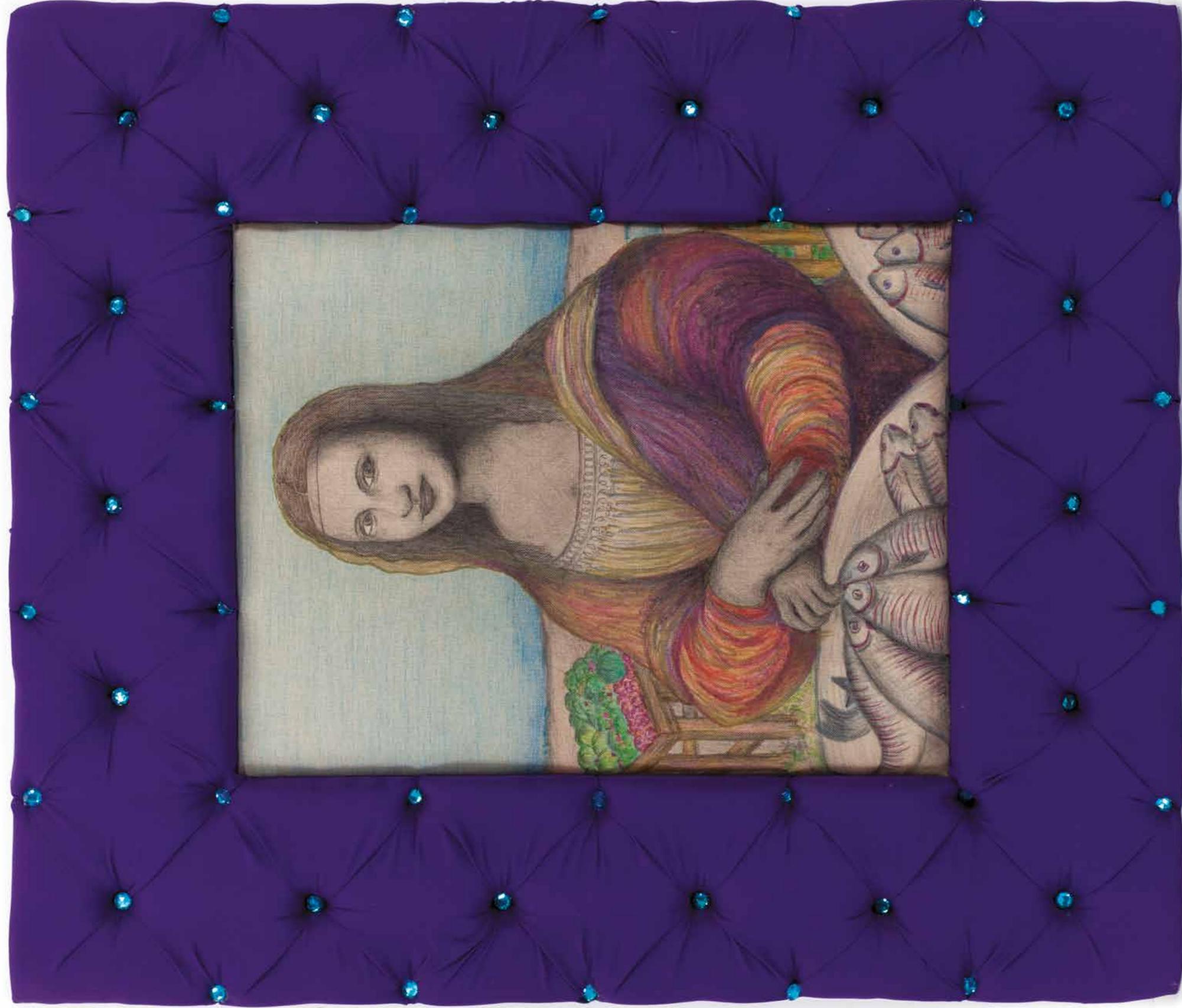
¡VISÍTANOS!

Parque Bicentenario, Barrio Boston
www.museocasadelamemoria.gov.co
entrada libre

MUSEO Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín Cuenta con vos



Jairo Enrique Támara Solano
La negra Luisa se alisa el pelo
Marcadores y lápiz negro sobre tela lino de tapicería,
marco con tela de tapicería y piedras de fantasía
Montería, Córdoba

* Esta obra hace parte del V Salón BAT de arte popular.



por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Durante el siglo XVIII, en Francia, el Barón de Haussmann llevó a cabo una serie de novedosas construcciones en París. Se trató de un conjunto de corredores lineales y circunvalares que atravesaban manzanas enteras y que solo eran de uso peatonal y comercial. Les llamó *boulevard*, pues eran una avanzada imitación de los *bolwerk* holandeses, vías construidas a manera de defensa alrededor de las fortalezas y que se mantuvieron como calles una vez derribadas las murallas. Aquellos primeros bulevares transformaron la vida parisina. Las nuevas formas de relacionarse trascurrieron en ellos con fluidez, pues la *ville lumière* invitaba a caminar, a pasear, a perderse por aquellas galerías techadas en donde el tiempo parecía suspenderse.

Todavía hoy los pasajes se presentan como oasis silenciosos donde la cultura no está permeada por la economía, sino que la economía se reviste de cultura, brindando un panorama austero y refrescante.

Medellín, por obra y gracia de una peculiar epifanía —ocurrida durante la alcaldía del médico cirujano Ignacio Vélez Escobar (1968-1970)—, se jacta de tener alrededor de treinta pasajes comerciales en pleno Centro de la ciudad. Esos pasadizos forman un recorrido entrecortado y desigual de unos cinco kilómetros, desde La Alpujarra hasta El Palo, pasando por Carabobo, Bolívar, Sucre, Maracaibo, Junín y la Avenida Oriental.

El más antiguo e importante fue el Junín-Maracaibo, que está ubicado donde quedaba la casona de la familia

Uribe, añejos clientes del Club Unión; una estirpe muy próspera que decidió abandonar el Centro de la ciudad para mudarse a El Poblado, debido al bullicio de la creciente capital antioqueña, que cada día tenía más comercios, más edificios, más carros y más gente.

El pasaje se abrió al público el 8 de enero de 1975, durante la efímera alcaldía de Federico Moreno Vásquez. En los primeros locales de la galería estuvieron los orfebres Ángel y Ángel; Carlos Agudelo Ochoa, el dueño de Plata Martillada; Carolo, quien tuvo una tienda de discos de rock y de otros géneros bautizada La Cueva, y en la que él y sus clientes terminaban de fiesta hasta el amanecer, encerrados fumando marihuana y *rockeando*, como cuenta Carlos Arturo Restrepo Mesa, el dueño del local en donde los hermanos Ángel montaron su primera joyería, hace más de cuarenta años.

Y aunque no son más que reflejos del modernismo tardío de la capital antioqueña, enmarcados en el famoso Estilo Internacional que se le quiso dar a la incipiente “metrópoli” durante la década del setenta, los pasajes comerciales se han convertido en símbolo de rebeldía contra el caos a la intemperie del Centro de la ciudad.

Solaz entre pasajes y viaductos

En Medellín uno puede extraviarse voluntariamente por esos breves espacios invocos y peculiares, como el Pasaje Nacional, sobre Carabobo y frente a la vieja Estación del Ferrocarril, una

especie de escuadra que no sale a ninguna parte y que conecta con un almacén de objetos electrónicos cuya entrada y salida dan a la carrera Carabobo. Uno podría decir que no se trata exactamente de un pasaje, pero para qué discutir con el nombre.

Muy cerca de allí queda el pasaje comercial Metro 1, un amasijo de restaurantes, sitios de internet, peluquerías, ventas de películas piratas, oficinas de asesorías para enfrentar la burocracia y puestos de ropa usada y lavada. Este paseo de tres pisos, que conecta con la estación Alpujarra del metro y con la carrera Bolívar, ha ido creciendo con el pasar de los años, perdiendo un poco de su magia, de su encanto más tradicional. Ya, por ejemplo, no es tan importante la famosa Boutique Mayra Alejandra, pues otras tiendas de ropa, con prendas *Made in China*, le han robado los clientes.

Al menos siguen siendo habituales los comensales del Pimentón Rojo y de Amor a la Carta, restaurantes de comida casera que abrieron sus puertas hace más de quince años y son los preferidos por los funcionarios de la Dian, la Gobernación y la Alcaldía.

Saliendo a Bolívar y pasando bajo el viaducto del metro, se encuentra el pasaje Metro 2, un lugar un poco más austero, menos tumultuoso y, por lo tanto, más placentero, en cuyo centro hay una cafetería de comida vallecaucana que se llena hasta los bordes, como si se tratara de una homilfa de Viernes Santo.

Allí atiende Juliana la Negra, quien reparte almuerzos y cervezas mientras menea las caderas al ritmo de las canciones que rebotan de pared a pared desde el Rincón Vallenato.

Guayaquileando

Tras el solaz del Salsipuedes de la Negra, es necesario cruzar San Juan para abordar el vertiginoso y descarriado tren de los pasajes de El Hueco, un enmarañado laberinto de estrechos callejones que se superponen como

si fueran las extremidades de un gran monstruo viviente y deforme.

Por esos recovecos se encuentra uno con el pasaje San Antonio, entre Bolívar y Palacé, muy cerca del Salón Málaga. Al frente, justo debajo de la estación metro San Antonio, está el pasaje Pioneros, que conecta Bolívar con Amador. Luego, ya en el corazón del zoco guayaquileño, están los pasajes Carabobo, Atlantic, El Hueco, Megacentro, Edificio Cafetero y alguno más, y en todos ellos pululan los rostros juveniles y alegres de las coquetas vendedoras, quienes exhiben relojes, gafas, celulares, gorras, tenis y joyas de todos los materiales y marcas.

“Qué busca mono, bien pueda. Bienvenido. ¿Busca yines de marca o tenis de marca?” son los estribillos que acompañan el paso de los apurados clientes.

Menos tormentosos son los pasajes Veracruz y La Bolsa, muy cercanos el uno del otro. En el primero suelen camuflarse los policías para observar a los criminales que deambulan en las cercanías a la Iglesia de la Veracruz. Se sientan en la Fonda Cañaveral o en Años 60, y desde allí toman nota de todos los movimientos sospechosos a su alrededor.

El Veracruz es otro de los pasajes antiguos de Medellín. Allí abundan las tiendas de instrumentos musicales, de ropa, de objetos religiosos y de calzado.

La Bolsa, por otro lado, tiene locales de objetos sexuales y esotéricos, que comparten espacio con agencias de viajes, cafés internet y pulcras tiendas cristianas. El pasaje de La Bolsa termina en la parte trasera de la Iglesia de la Candelaria, en una pequeña plazoleta repleta de relojeros y laminadores.

Libros y música

Desde allí el paseante puede seguir hasta la calle Colombia, a través del pasaje del edificio Atlas, o hacia la carrera Junín, si se deja engullir por el pasaje Junín-La Candelaria, un viaducto pequeño y fresco, custodiado por el bigotón vigilante José de Jesús Montes,

De pasaje en pasaje



en pasaje

quien tras dar sus rondas se mete al Café Amaral a saborear un tinto, mientras mira las fotos de Charles Chaplin que adornan cada una de las paredes.

Cerca de ahí, sobre Junín, y debajo del edificio de la Defensoría del Pueblo, está ubicado uno de los pasajes más exiguos de Medellín. Son si acaso diez pasos hasta salir a La Bastilla, lugar consagrado a los libros, y donde se dice que el mismísimo Tomás Carrasquilla animaba fantásticas tertulias. Lo que sí es seguro es que hasta hace poco se veía pasar por allí a Leonel Ospina y a Joaquín Bedoya, muy borrachos de aguardiente, jugándose los billetes en las mesas de dados de “la calle del tuvo”, esa parte de La Bastilla donde a los ajumados suele describirse desde el pretérito perfecto del verbo tener. “Ese de allá tuvo casa, finca, carro”; “ese otro tuvo mujer y familia”; “ese que está dormido tuvo una carrera como cirujano”, dicen los cantineros señalando achispados a diestra y siniestra.

Y si uno sigue subiendo, hasta la Avenida Oriental, encuentra el pasaje San José, justo a un lado de la iglesia del mismo nombre. En ese lugar, digno de ser visitado, el mejor local, por leguas, es el Musical, una colección de más de doscientos mil CD y vinilos que son propiedad de los hermanos Octavio y Hernando Perdomo, y que es atendido por Luz Aleida Orozco.

Todas las piezas musicales permanecen al aire libre, sobre viejos y rudos baúles de hierro. No hay dueto, grupo, orquesta o solista de música colombiana, de vallenatos, porros, tangos o romántica que no se encuentre allí.

“Este negocio nació con el pasaje. Hace más de treinta años estamos aquí, y nos ha ido muy bien”, cuenta Octavio mientras su hermano Hernando le hace burlas desde una esquina. La colección originalmente le perteneció al papá, don Alfredo Perdomo, un habitante de El Salvador ya fallecido, quien era habitual en los encuentros de coleccionistas que se organizaban en Buenos Aires, Caicedo y La Floresta. Cuando murió, al no

dejar más herencia que los discos, los hijos decidieron venderlos, de a poco, pero sin dejar que el acervo disminuyera.

“Ellos siguieron asistiendo a encuentros de coleccionistas para comprar discos y luego los venían a revender acá”, asegura Luz Aleida, quien se enamoró de Hernando hace más de veinte años y desde entonces también hace parte de la aventura del Musical.

El pasaje La Playa es el primero en aparecer ante los ojos del caminante. Es popular por sus tiendas de música, de camisetas estampadas y de tatuajes. Luego está el famoso Camino Real, sitio de encuentro obligado de muchos antioqueños. Más allá, siempre por la Oriental, están Insumar y El Paso, donde uno puede encontrar vestidos de novia, trajes para caballeros y hasta ajueres infantiles en todo tipo de precios, e incluso en alquiler.

Subiendo desde Palacé están el Astoria, el Junín-Maracaibo, el Junín-Palacé, el pasaje del Edificio Central, el Orquídea Plaza, el Unión Plaza, el Ópera, entre otros. También están el pasaje del Coltejer, con entidades financieras, y el pasaje del edificio La Ceiba, una maravillosa galería en forma de ele que sale a La Playa, y en donde los más viejos pueden ir a disfrutar con la música de la Heladería La Ceiba, en la que todos los sábados se organizan las famosas “marranadas”.

Juniniando

Sin embargo, dos pasajes que merecen mención en esta zona, son sin duda el Vicente Villa y el Boulevard de Junín. Dos lugares históricos, colmados de mitos y retratos minimalistas del Medellín del *art nouveau*.

Ambos surgieron después de que el Junín-Maracaibo por fin tuvo éxito, luego de superar la maldición que lo bautizó como el “túnel de la quiebra”, y que duró cinco años, desde 1975 hasta 1980.

“En ese tiempo a la gente le gustaba caminar por la calle. El clima de Medellín era mejor, no había tanta inseguridad. La gente no tenía miedo. Es más, a la gente le daba miedo meterse a un lugar oscuro, a un túnel oscuro como era el pasaje”, explica Carlos Quevedo, administrador del Junín-Maracaibo desde hace treinta años.

“Además, la gente que bajaba a juniniar era muy emperifollada y le gustaba mostrarse. Esta parte de la ciudad era óptima para mostrarse. Las señoras exhibían sus vestidos, sus peinados, sus joyas, entonces para qué meterse a un pasaje donde nadie las iba a ver”, añade Quevedo.

Muchos negocios quebraron en esos primeros años, incluyendo el almacén Sterling, de ropa elegante, y una tienda de retratos fotográficos que fue famosa porque entregaba las fotos en una especie de caleidoscopio, una novedad en esa época.

“Se empezó con dificultad, pero pronto el pasaje se volvió famoso y todo el mundo quería venir. Y ahí fue donde empezaron a montar otros pasajes como por ejemplo el Astoria, que se construyó donde en el pasado estuvo ubicado el restaurante Astor, o el Unión Plaza, que se hizo donde estuvo, alrededor de cien años, el Club Unión”, narra Carlos Arturo Restrepo Mesa.

El Boulevard de Junín, que se construyó unos quince años después del Junín-Maracaibo, es la expresión exacta de la obra que en París ordenó hacer el Barón de Haussmann. Es uno de los baluartes del paseo Junín, como terminó llamándose la que fue la calle El Resbalón en épocas de mulas y arrieros. Empieza en el Astor y termina frente al Camino Real, atravesando esas viejas manzanas donde ubicaron sus casas insignes personajes como Gonzalo Mejía, el londinense Tyrrel Moore y ‘Teban’ Puerta. Es un antiguo centro comercial con restaurantes y *boutiques*, donde también persisten pequeños negocios como Pimponi, una tienda de ropa para bebé ciento por ciento criolla.

El Vicente Villa, que empieza en Sucre y termina frente a Versailles, en Junín, es conocido por sus añejas ópticas como la Caracas y la Clinidents, o por la peluquería de Albeiro, famosa hace más de veinte años. También es visitado por sus costureras del segundo piso y por las tardes de fútbol en el bar El Reloj.

El sueño de hacer de la Comuna 10 un centro histórico peatonal, donde la nostalgia no riña con el progreso, todavía está muy lejos de realizarse. Sin embargo, la prevalencia de los pasajes comerciales, esos especiales oasis en los que los transeúntes pueden acortar camino y resguardarse del sol o la lluvia, es un paso adelante para hacer de La Candelaria un lugar más amigable. ©



Expresidentes

por CÉSAR AUGUSTO BETANCUR

Ilustración: Hansel Obando

Somos el primer país del mundo en conservación de expresidentes. Como si la pensión vitalicia fuera también el elixir de la inmortalidad, exmandatario colombiano que se respete llega muerto de risa a los noventa años, y por ahí pasa derecho. Y esa longevidad supone un reto grande para todo el aparato estatal y un desafío mayor que el deber de elegir ciudadanos capacitados para ser presidentes: elegirlos para que sean capaces de ser expresidentes.

El 7 de agosto, cada cuatro años, o cada ocho, uno asume que se despide de ellos, pero nunca es así. Más temprano que tarde, como en una película de terror —*El regreso de los expresidentes vivientes*—, aparecen como fantasmas políticos a espantar al gobernante de turno, siempre dispuestos a empobrecer el debate y a hacer y decir cualquier cosa que les asegure vigencia y figuración. Uno los ve desgañados en el gavrismo, solapados en el samperismo, *enrabonados* en el pastranismo, enchicharronados en el uribismo, pero jamás en el ostracismo, porque los expresidentes colombianos son ostracismorresistentes.

Y como tienen esa extraña condición de perder la memoria y la vergüenza al mismo tiempo, se sienten la reserva moral del país y salen con toda autoridad —a veces con todo autoritarismo— a dictar cátedra sobre el manejo de crisis que muchas veces son herencias de sus gobiernos; porque eso también son nuestros expresidentes: una fuente extemporánea de sabiduría. Todos unos estadistas cuando ya pa qué. Y el asunto se agrava porque, aun confundiendo la *rabonada* con el dolor de patria, hacen parte de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores en calidad de embajadores de mala voluntad.

Al lado de un exmandatario colombiano, Darío Gómez es el virrey del despacho.

Ellos son la prueba incuestionable de que gobernar a Colombia corre la teja. Si al final de sus mandatos los evaluaran psicológicamente, muy pocos pasarían la revisión tecnicomesiánica.

La mayoría sale del gobierno con un desorden mental perfectamente identificado, pero al que nadie ha querido meterle diente: depresión pospartida de la Casa de Nariño. Y sus síntomas también son fáciles de detectar: amnesia parcial y desfachatez total, memoria selectiva y nostalgia electiva.

No podemos dejarlos solos. El sistema de salud debe crear ya una nueva EPS —Estorbos Para Siempre, podría llamarse— que se encargue de acompañar a los exmandatarios en ese proceso de resocialización que empieza el 7 de agosto que marca el fin de sus períodos y se extiende por los siglos de los siglos, porque ya sabemos que los expresidentes colombianos pertenecen a una especie que nace, crece, se reproduce y rara vez muere.

Pero no solo eso: un equipo de sicólogos y siquiátras debería monitorearlos, estar con ellos en los últimos días de cada mandato y poco a poco hacerles entender que se acabó, que no va más, que lo que lo que fue, fue, y que por el resto de sus días estarán por debajo del bien y del mal.

O nos preocupamos por la salud mental de los expresidentes implementando tratamientos preventivos o empezamos a tratarlos (médicamente) como lo que son: adictos al poder, mandatodependientes, casadenariño-manos. Hacemos algo ya o los exinquilinos de Palacio tendrán que pasar directamente de la banda presidencial a la camisa de fuerza democrática y salir en los mensajes del ICBF como huérfanos del poder.

Tampoco estaría mal construir una Casa de Nariño de reposo para expresidentes.

Es eso o esperar que el día menos pensado, Dios no lo quiera, en alguna calle cercana al palacio presidencial surja un Bronx de expresidentes desatendidos y abandonados, peleándose entre sí, insultándose y sacándose los capos al sol. ©



UN BESO A TYSON

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustraciones: Alejandra Congote

Hay deseos que se cumplen el día menos pensado, otros los podemos satisfacer a voluntad o tenemos la ilusión de cumplirlos en algún momento de la vida. Pero soñar con un hermano mayor que te aconseje, te enseñe y te cuide es tiempo perdido. El que dice añorar un hermano mayor ya no lo tiene ni lo va a tener. Es irracional, un deseo que nace muerto. A no ser que el destino te sorprenda como lo hizo conmigo cuando estaba próximo a cumplir catorce años.

Era una época difícil. No porque mi papá ya no viviera con nosotros ni porque yo estuviera pasando por una edad complicada, sino porque a mi mamá le tocaba rebuscársela para mantenernos a mi hermanita y a mí. El último negocio había sido Ufo, una empresa fugaz que montó con un novio electricista durante el auge de las antenas parabólicas. El servicio, ofrecido en unidades residenciales de muchos bloques como la nuestra, consistía en llevar la señal hasta las habitaciones. Los técnicos de la parabólica dejaban una conexión, casi siempre en la sala del apartamento, y no se les ocurría instalar señal en las alcobas. Ufo ofrecía el novedoso servicio a buen precio. Al principio hubo ganancias pero como la operación no requería mantenimiento ni se agotaba la demanda fue bajando.

La incertidumbre cada mes era latente pero nunca nos faltó nada; si la cosa se estaba poniendo maluca, Nico le prestaba a mi mamá, o de pronto ella, con el instinto de una leona que caza una cebra para sus cachorros, hacía una gran venta y ganaba lo suficiente para vivir varios meses. Nico había nacido dos años después de ella, en la misma casa de Aranjuez. Mi mamá era la rezagada de ocho hijos y se suponía que era el último bebé de la casa, pero nadie contaba con que Argelia, la empleada de toda la vida de mi abuela, traería su vástago al mundo casi a los cuarenta. Así que entre las dos levantaron a nueve muchachitos, ocho hermanos y Nicolás. Al criarse juntos, mi mamá y Nico crearon lazos mucho más fuertes y fraternos que los de ella con sus hermanos de sangre.

Por eso cuando mi mamá me preguntó qué opinaba de recibir a Nico unos meses en la casa, no dudé en decirle que claro, que viviera con nosotros mientras salía a flote. Incluso propuse que durmiera en mi pieza, pues a mi cama se le sacaba otra por debajo, era mejor eso que tirarle una colchona en la sala. Nico se había quedado



sin trabajo y varias deudas lo agobiaban, llegar a nuestra casa le iba a servir para organizar un poco su vida. El día que llegó, con dos maletas cuadradas que habían sido de Argelia, ya llevaba una semana manejando taxi, un trabajo conocido que ahora retomaba obligado por las circunstancias. Era un taxi ajeno pero permanecía siempre con Nico; lo parqueaba en las celdas para visitantes de la unidad, al aire libre.

De esos días recuerdo el olor a trago de mi habitación en la madrugada. Muchas veces Nico llegaba tan tarde y bebido que no destendía su cama. A pesar de ser un lecho de niño, Nico cabía perfectamente, pues era chaparrito y ancho, como un mariachi, incluso su voz ronca y su espeso bigote negro alimentaban su aire de charro. Durante la noche su exhalación llenaba la pieza de un etanol mezclado con el vapor de sus órganos que provocaba un olor a estómago de borracho que no daban ganas de dormir los cinco minutos más. Me paraba de la cama con cuidado, pero a veces, soñoliento y en la penumbra, o con mis capacidades mermadas por respirar sus efluvios, le pisaba un brazo o una costilla y él se quejaba con un grito seco y cremoso, y aprovechaba para pedirme una Coca Cola con hielo. Y yo, en lugar de abrir cortinas y celosías para ventilar su guayabo, dejaba todo encerrado y a oscuras para que se siguiera cocinando en sus propios jugos, y le traía su gaseosa bien fría, a veces con una salchicha también fría para que le metiera algo de grasa al estómago. Una vez le llevé

mazamorra helada y se bogó el claro y quedó tan agradecido que casi se levanta a llevarme al colegio. Era el hermano mayor que nunca tuve.

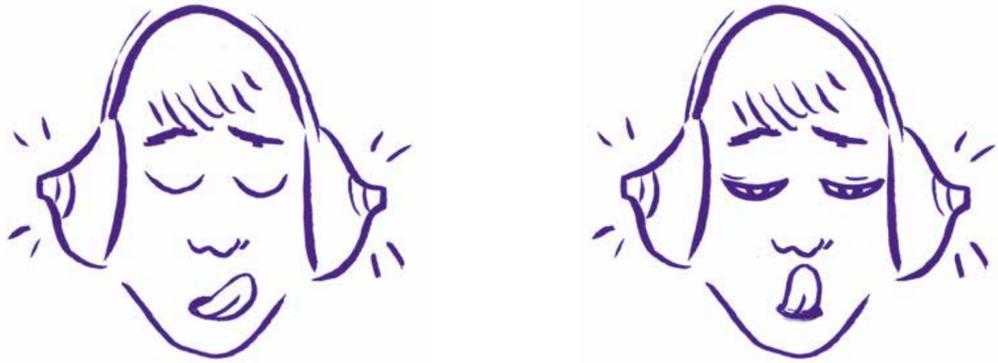
El ambiente en la casa mejoró mucho. Aunque vivía un poco tensionada y controladora, sobre todo con el posible mal ejemplo que Nico podía darnos, mi madre no solía regañar. Cuando estábamos juntos pasábamos bueno y a veces salíamos en el taxi a comer perro en La 80. También alquilábamos películas, jugábamos parques y en la convivencia fuimos creando un humor interno, inspirados en los alias de mafiosos que inundaban las noticias y las pantallas. Mi hermanita, que empezó a hablar desde muy chiquita y hacía gala de su imprudencia, era Lengua Caliente. Mi mamá, que se fumaba tres cajetillas de cigarrillos al día, Enfisema, y Nico, por supuesto, Cirrosis, mientras que mi apodo, elegido de manera ligera y deliberada, que porque era un polligallo morbosos y onanista, era Gonococo. Pero yo era virgen, no conocía pieles tersas ni carnes insondables ni había empezado a "jalarle el cuello al ganso", como decía jocosamente Nico, "eso es un músculo y hay que ejercitarlo", insistía y me mortificaba, porque sabía que yo ya estaba en edad de curiosidades.

Un par de semanas en ese ritmo hicieron que mi mamá hablara con Nico: le exigió que no llegara con tragos encima, que me estaba "alcoholizando a lo pajarito". Pero así quisiera evitar ese microclima insano en la alcoba de un niño, Cirrosis generaba tufos y gases con un

solo sorbo de cerveza. Por esos días tuve un problema de disciplina en el colegio, llamaron a mi mamá y ella relacionó mi comportamiento con la estadía de Nico. Yo sabía que nada tenía que ver nuestro inquilino. La situación se puso tensa y mi mamá nos dio un ultimátum del que ambos éramos responsables.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para enderezar el camino en el colegio. Desde antes de la llegada de Nico venía mal en álgebra y con problemas de indisciplina. Ese año se integraron al grupo varios tatabrones que venían expulsados de colegios ricos de El Poblado, líderes negativos que nos incitaban a ponernos el salón de ruana. Entonces, con más de medio año lectivo por delante, me tuve que esforzar de manera prematura para corregir y subir el rendimiento. No quería que culparan a Nico, me gustaba que estuviera viviendo con nosotros.

Gracias a mi rápida reacción en el colegio, por la que nadie daba un peso, vinieron unas semanas felices. Nico también recapacitó y se ajució con el taxi. Empezamos a compartir más, mi nuevo hermano mayor se adaptó y cayó bien entre mis amigos de la unidad, jugábamos fútbol, se paraba de central, quieto, rechazando todo balón que se le cruzaba. Porque el lenguaje es viviente y adquiere formas sorprendentes en manos de individuos empalagosos, empezamos a decirle Carnaicol Nicaela y él, sin pedir explicaciones, aceptó el remoque, como uno más de la manada. Mis amigos lo querían, era como tener



un amiguito de treinta años, con taxi y plata para tomar gaseosa. A veces me recogía a la salida del colegio y llegábamos juntos a almorzar, luego él salía a trabajar y llegaba en la madrugada, muchas veces con unos tragos encima. Para ese momento ya habíamos decidido retar los vientos que bajaban del Bocerón y dormir con las ventanas abiertas.

Mientras subía mi nivel académico y descubría que con solo atender a clase podía tocar el cielo, soñaba con salirme del colegio. Quería dedicarme a trabajar con Carnaicol, sabía que los taxis no tenían copiloto pero imaginaba que podíamos innovar: un taxista con una especie de bufón que ameniza el viaje, ayuda a cargar paquetes, a encontrar direcciones, cosas así. Él se burló y dijo que nadie le iba a poner la mano si iba con un güevón al lado. Por Nico quise ser taxista durante varios años de mi vida y aunque iba a enseñarme a manejar, la idea no me entusiasmaba tanto como conocer las historias de sus novias, sus levantes y sus líos de falda.

Con frecuencia mencionaba una amiga a la que denominaba Tyson, inspirado en Mike, el boxeador estrella del momento. Nico decía que era muy brava pero que pichaba muy bueno y a mí me gustaba escuchar eso porque surgían en mi mente postales divertidas. La bautizó así porque mucho antes de que se viniera a vivir con nosotros ella le pegó un puño en un ojo y se lo dejó morado quince días. Hasta ese momento yo solo la conocía en una foto 4x4 que él cargaba en la billetera, y sí se veía muy brava, con los labios rojos apretados y un copete embombado y amenazante. Quería conocerla y hasta a mi mamá le causaba curiosidad porque era la única que permanecía en el mundo de Nico; en sus historias los nombres iban y veían, pero Tyson tenía lugar en su ring. Carnaicol no se atrevía a invitarla a su hogar pasajero, tal vez temía que ella descubriera la camita donde dormía, y cabía. Eso era perder un poco la dignidad.

El nuevo estilo de vida de Nico, dedicado al taxi y rodeado de un hogar, conspiró para que la relación con Tyson adquiriera tintes de noviazgo. Cada vez la mencionaba más, a veces ella lo llamaba a la casa, era a la única persona a quien le había dado el teléfono. Una vez le contesté, habló entre dulce y afónica para saludar y pedir en una sola frase que le pasara a Nicolás Pavas. Por esos días Nico parecía un papá: como me había comprometido a participar en la feria de la ciencia, me ayudó a hacer una maqueta viva de un volcán que hacía erupción, con gelatina y chispitas mariposas; sincronizaba su salida para llevar a mi hermanita a la guardería o me recogía en el colegio. Una tarde fue a verme jugar el intercolegiado y me hice expulsar por descrestarlo con una actitud pendenciera.

El idilio entre Tyson y Nico tuvo su pico mientras él vivía con nosotros. Y coincidió con un periodo de vacas flacas, así que nos convenía permanecer unidos, compartir gastos y ayudarnos. Un mes había bastado para alcanzar cierto ritmo equilibrado de vida familiar y eso tenía tranquilos a Enfisema,

como estaban las cosas era poco probable que recibiéramos algún mal ejemplo de Nico. La efervescencia de esa buena convivencia dio sus frutos con una nueva idea de negocio. Todo empezó un domingo que me mandaron por parva a la tienda y estaba cerrada. Nos tocó salir en el taxi a buscar algo y en el trayecto, con Cirrosis, Lengua Caliente, Enfisema y Gonococo metidos en sus roles, bromeamos con la idea de enfrentarnos al cartel de las tiendas, que hacía lo que le daba la gana. Cirrosis propuso en serio que ofreciéramos servicio a domicilio dentro la unidad en horas de la noche, él conseguía licores a muy buen precio si se compraban al por mayor. Enfisema, que era feliz embarcándose en pequeñas empresas, dijo que también podíamos vender cigarrillos, normal y mentolado, y Cirrosis más se entusiasmó. Lengua Caliente se encargaría del voz a voz y Gonococo haría el trabajo sucio de mensajería, con ayuda de Cirrosis.

Al día siguiente Nico trajo ron, aguardiente, cerveza y cigarrillos, y diseñamos un volante del tamaño de una tarjeta personal, sacamos doscientas fotocopias y mi hermanita y yo las metimos por debajo de todas las puertas de la unidad. Por recomendación de Nico no se permitía la venta presencial, solo domicilios. Así fue que Los Magníficos, nombre comercial del negocio, empezó a operar con muy buena acogida por parte de los vecinos, pues en ese tiempo la gente en Medellín prefería enrumbarse en casa antes que salir a la calle a esquivar las ondas de un carro bomba.

Tyson no necesitaba apodo para unirse al combo y era cuestión de tiempo conocerla, aun así Nico me confiaba sus travesuras con pasajeras que se le insinuaban, y me mantenía informado de sus avances con dos o tres colegialas con las que, según él, todavía no había hecho el amor. Les regalaba peluches, credenciales, las invitaba a comer helado. A Nico le aprendí muchas tácticas que pude aplicar con las peladitas que me gustaban. El primer beso que di con lengua se lo debo a Nico, que me habló de actitudes seguras y me indicó qué postura de cuerpos debía provocar para reducir un probable estrellón y cómo sugerir el beso sin hacer la fatídica boca de pato. Si no fuera por él, me hubiera demorado años en dar un beso salvaje. Nico tenía la virtud de transmitir con mística instrucciones como morder suavemente el labio de la fémina, o cómo ir escarbando con la lengua si la polla era inexperta. En cambio, los consejos de los hermanos mayores de mis amigos, que solo veían tetas en Sueca, causaban risa y eran hasta contraproducentes, según la queja de algunos kamikazes del amor juvenil.

Por fin se llegó el día de conocer a Tyson. Nico la llevó a la casa para ver el debut de Colombia contra Emiratos Árabes en el Mundial de Italia 90. Desde que la vi quedé encantado con su forma de ser, amable y un poco tosca. Entró rápido en confianza sin zalamerías y hubo una conexión única entre ella y yo, se reía de todo lo que yo decía y a mí me causaba

gracia su actitud genuina, con la voz ronca como Nico porque también era amiga del trago y el tranocho. Tengo caprichosos recuerdos en cámara lenta de sus senos brincando violentamente en momentos del partido. En ese momento fue como si hubiera conocido a la mujer que quisiera que me iniciara en el mundo del sexo, no me sentía mal con Nico porque en parte era su culpa. Lo que más me gustaba era que sus ojeras me hacían verla ganosa y trajinada, pero estaba bien completica y bien alimentada. Cuando iba a la casa, me detallaba sus tacones, su cartera, sus uñas rojas sacando un cigarrillo Royal, su risa rasgada mientras me ponía la mano en el muslo. Yo, que era antipático con las señoras, con Tyson me pasaba de querido, buscaba saludarla de besito, tocarle el hombro, abrazarla. A esa edad vivía peleando con mi pelo lacio porque no me podía hacer copete, pero fui feliz esos días en que ella me lo admiraba y me lo acariciaba y yo sentía calambres y palpitaciones.

Un domingo subimos al Club La Isabela, en el cerro El Volador, a pasar un día de sol. A Carnaicol una de las cosas que más le gustaba era nadar, jugar de manos en la piscina, tirarse clavados y disfrutar al máximo de todas las atracciones: jacuzzi, sauna, turco, tobogán, billares, ping-pong, sapo. A mi hermanita y a mí nos emocionaba esa idea de sacarle jugo a todo, pero la vez que fuimos con Tyson mi desempeño en el Club se vio alterado por su estimulante presencia en bikini. Torturado me veía en la obligación de imaginar situaciones trágicas para que se me bajara la calentura.

En algún momento nos quedamos solos haciendo el típico circuito de pasar del jacuzzi al baño turco una y otra vez, pero vencido por mis fantasías salaces lo mejor fue anclar en el jacuzzi.

—Vamos ya para el turco a darnos el duchazo con agua fría.

—...

—¡Vamos pues que me muero de frío aquí parada!

—No, aquí te espero.

—¡Vamos!, ¿por qué no vamos?, ¿ah? —me atormentaba con picardía. Ella sabía que algo estaba tratando de emerger de mi pantalóneta de baño, y no solo eso, sino que era ella, con su sola presencia en esa maldita y sensual zona húmeda, la que motivaba a ese algo a brotar. Tiritando, Tyson me dio la espalda y a saltitos se fue para el turco. Toda la escena fue como una epifanía que me llevó a conjeturar que, si ella tenía claro que yo la deseaba y de alguna manera había tenido presente mi órgano reproductor, era posible perder mi virginidad con ella.

Como la gente espera a que cierren las tiendas para antojarse, Los Magníficos seguía funcionando bien, dejaba ganancias porque Nico conseguía buenos precios aunque mi mamá, por conversaciones que escuché, sospechaba que era mercancía robada o de contrabando. El hecho era que el negocio se movía, sobre todo los fines de semana. Para eso contratamos a Rodriguito, un vecinito sin ley que se encargó de hacer

mis labores. Por petición de la clientela se incluyeron en la carta mecatos y golosinas, y por idea de Tyson, aspirinas y alkaesetzer. De vez en cuando ella amenazaba en la casa, entonces mi hermanita dormía con mi mamá y yo donde mi hermanita. Saber a Nico y a Tyson solos en mi pieza me daba una angustia y unos celos tan dolorosos que después añoraba que Nico hablara de aventuras con otras mujeres, pero ya hasta las colegialas habían salido del radar.

A veces, cuando Tyson dormía en la casa, se tomaban unos tragos con mi mamá y los últimos pedidos ya los hacían entre los tres, prendos. Yo me quedaba en la casa obsesionado con declararle mi amor a Tyson; sabía, por las enseñanzas de Nico, que tenía que hacer algo para que no me matara el remordimiento. No sabía qué era eso pero sonaba a morder mierda con el diablo. Así que estaba decidido a actuar, como pudiera, y la oportunidad llegó un fin de semana que mi hermanita se iba para donde su papá. El domingo en la mañana Nico salió enguayabado a lavar el taxi. Mi mamá roncaba todavía, encerrada en la pieza, mientras en la de mi hermanita, entre barbies chiviadas y peluches, estaba Tyson. Se me ocurrió entrar con algún pretexto pero las manos me sudaban y el corazón se me anidó en el estómago. De pronto oí ruidos y asustado me encerré en mi pieza. Escuché que salió, se metió al baño social y al momentico abrió la ducha. Trepado en el lavadero, con la mirada oculta tras las prendas que se secaban, contemplé sus bellezas húmedas y silvestres. Desde ese momento me empezó a acompañar una agonía puntiaguda que se manifestaba en el esternón, en los testículos o en algún punto entre estas dos partes del cuerpo.

Cuando todavía teníamos cajas de ron y aguardiente, Rodriguito tuvo un problema con un cliente por una devuelta. El mal manejo que le dimos al

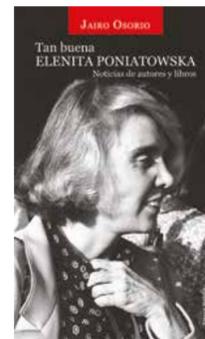
caso hizo que la junta directiva de la unidad nos amenazara con denunciar a la policía si no parábamos el negocio. Cirrosis se puso pálido y eso fue suficiente para saber que Los Magníficos habían acabado. Poco a poco Nico se empezó a tomar ese trago que sobró y el ambiente se desequilibró hasta que una mañana mi mamá encontró el bómper del taxi en la sala, no aguantó más y con lágrimas en los ojos le pidió que buscara para dónde irse. Lo abrazó y le dijo que igual iban a hacer la fiesta de sus 33 años en la casa, que el trago ya estaba. Nico sonrió, estaba que lloraba también, se paró, me sacudió el pelo, agarró dos botellas de aguardiente y regresó al otro día.

Para los 33 de Nico, él ya se había ido de la casa. Llegó en el taxi y minutos después lo hizo Tyson. Ya no eran novios y no hablaban como antes, pero mi mamá la invitó porque hicieron buenas migas. Y yo voté porque la invitaran. Mi estrategia estaba pensada para las fiestas de 24 y 31 de diciembre en las que pensaba decirle a Tyson, después de hacerla reír mucho, que quería hacer el amor con ella, que no tenía que ser ya. Pero los planes se alteraron y quizás era la última vez que la vería. Esa noche ya tarde, en un momento que salió a fumar, fui detrás de ella y me acerqué sin saber qué decir, ella se quedó mirándome. Tragué saliva. La instrucción de Nico en esos casos era avanzar, el remordimiento no tiene cura y lo peor era un puñetazo. Así que me acerqué aún más, le rocé la oreja acomodándole el arete, ella volteó a mirarme y nos dimos un beso. Me sentí torpe porque el ritmo no fluía, ella estaba ebria y yo pensaba que era más fácil aplicar lo aprendido. Antes de perder sus labios intenté mordsquearla, pero no pude, Tyson huyó al apartamento con pasitos veloces. Yo me quedé afuera, con un sabor a Chiclets Adams de menta, cigarrillo y ron que me hacía sentir inmenso, ese beso era el presagio de tiempos mejores. ☺



Ediciones UNAULA en la FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA®

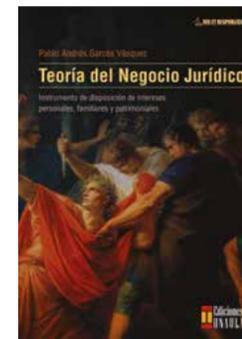
NOVIEMBRE 25 - DICIEMBRE 3 • PABELLÓN INTERNACIONAL / PROCOLOMBIA



Tan buena ELENITA PONIATOWSKA
Noticias de autores y libros
Jairo Osorio
Serie: TIERRA BALDÍA
Año: 2017



Jorge Isaacs
Textos escogidos para aprender a leerlo
Selección: Carlos Bueno
Edición anotada: Ana María Jaramillo
Serie: TIERRA BALDÍA
Año: 2017



Teoría del Negocio Jurídico
Pablo Andrés Garcés
Colección: IUS ET RESPUBLICA
Año: 2017



La Sociedad por Acciones Simplificada - SAS
Óscar González
Colección: IUS ET RESPUBLICA
Año: 2017

Tres libros que no tengo

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Señor OK



Si algo hay abundante en el mundo son libros que uno no tiene. Sin embargo, los títulos de tres de ellos están clavados en mi corazón obsesivo como espinas de rosal. No se crea que es cursi la comparación, pues no podría ser más exacta: seducido por la promesa —fragante, de tan cercana— de poseer esos libros, estiré la mano para cogerlos y me pinchó tres tristes veces la frustración. Van las historias de los tres desengaños.

En algún momento de mi vida me dio por estudiar literatura y tuve un profesor que, en virtud de sus anteojos enormes, sus gustos arcaicos y su talento quisquilloso, parecía salido de una novela del Bildungsroman. Otros rasgos, sin embargo, lo hacían cotidiano y, en cierto sentido, barrial: tenía dientes de ardilla y, como mi madre, decía graciosamente “sectiembre” y “ocasión”, y en grado más alto que mi progenitora era capaz de confundir los nombres de los individuos que lo rodeaban. Así, mientras mi madre repasaba todo el inventario de sus hijos para llamar a uno solo de ellos (“¡Martha!... ¡Mono!... ¡eh! ¡Juan!”), mi profesor era capaz de dar una clase de 120 minutos y confundir, al menos diez veces, los nombres de Gabriel García Márquez y Manuel Mejía Vallejo. Por supuesto, él sabía que *Cien años de soledad* lo había escrito el novelista de Aracataca, pero, cuando iba a pronunciar su gracia, las neuronas le jugaban la mala pasada de tirarle a la punta de la lengua el nombre del autor de *La casa de las dos palmas*. A veces él mismo lo advertía y a veces no, de modo que las clases se convertían, para sus estudiantes, en un fatigante ejercicio de lucha constante contra aquello que ha dado en

llamarse “pena ajena”. De todos modos, tan equívoca situación no se prolongaba más allá de la clase: cuando no estábamos en ella, el profesor nos parecía un gran erudito, dueño de una biblioteca de literatura colombiana que no cabía ni en un trasatlántico.

Precisamente fue su opulencia bibliográfica lo que me obligó a pedirle una cita privada. Otro profesor me había asignado un trabajo sobre el escritor santandereano Jesús Zárate Moreno, del que yo tenía su novela más conocida —*La cárcel*, ganadora póstuma del Premio Planeta en 1972— pero no tenía chance de conseguir un ejemplar de la menos conocida, *El cartero*, toda una rareza editorial. Aquel sabio me propuso entonces un negocio magnífico: me dijo que, si le hacía el favor de transcribirle el texto de un novelón proletario y antiyanqui del que se proponía hacer una edición crítica, me regalaría un ejemplar de *El cartero* que a él le sobraba. Cerramos el trato con un tinto y me puse a trabajar, aunque para ser más exacto debo decir que quien se puso a trabajar fue mi novia, a quien recluté en virtud de su pasado como bachiller comercial. Ella voló sobre el teclado con tanto brío y éxito que no solo acabó la tarea en un santiamén sino que fue impermeable a las encendidas tesis de la novela, a tal punto que a los pocos meses consumó, conmigo, la herejía pequeñoburguesa del matrimonio. Sin embargo, esa luna de miel se vio antecedida por un trago amargo: el día que fui a entregarle el disco al profesor, él, muy complacido, me alargó un sobre de manila en cuyo interior encontré un ejemplar de *La cárcel*. “Habíamos quedado en que me iba a dar *El cartero*”, le dije; “No. Yo le dije que *La cárcel*”,

ripóstó tajantemente y se apertrechó tras sus dientes de roedor. Fue inútil insistir, pues en el fondo de mi corazón lo sabía inocente: como ya dije, eran muy suyas esas confusiones, que venían siendo algo así como enquistamientos de esa dislexia verbal que, desde entonces, ya no me pareció tan simpática. Más de quince años después, todavía no logro dar con la segunda novela de Zárate Moreno.

El segundo lance me ocurrió con *Todas las sangres* de José María Arguedas, autor de quien me habló, precisamente, una colega de aquel profesor. De hecho, a ella la conocí antes que a él: yo tenía veinte años y estudiaba otra cosa, pero me permití la ociosa licencia de tomar un curso complementario de literatura latinoamericana. La primera lectura obligatoria del curso era *Los ríos profundos* del mismo escritor andino, y sabrán quienes lo hayan leído que él, apenas conocido, ya se hace entrañable. Por puro movimiento reflejo quise leer *Todas las sangres*, la novela más extensa de Arguedas, al punto de haber sido publicada en dos tomos por la editorial Losada. Me empeñé en tener mis propios ejemplares pero fue imposible: en la Librería Nueva di solo con el primer tomo, el cual descarté como se descarta un billete partido por la mitad. Pero lo inaudito no fue mi perfeccionismo (o, si se quiere, mi pacata aversión por las cosas impares) sino lo que ocurrió siete años después, cuando la profesora se jubiló de la universidad y quiso subastar su rancia biblioteca entre sus rancieros alumnos: entre sus estantes encontré, nuevamente huérfano, el tomo primero de *Todas las sangres*. Me pareció una broma de mal gusto, y para sortearla llegué a convencerme de que el segundo volumen no había existido jamás.

No se crea que la historia terminó ahí. Hará cosa de tres años, mientras con mi hijo menor acompañaba a mi hija mayor y a mi esposa en una toruosa inspección de ropa nueva en el almacén Tennis, en el pasaje Junín, tuve la desgracia de hacer un descubrimiento macabro. Los administradores de la franquicia habían aprobado, esa temporada, un diseño estudiadamente rústico, y sus almacenes exhibían las nuevas colecciones entre baúles artísticamente envejecidos, muebles que fingían estar desvencijados, cajas de abuela repletas de esquelas inútiles y libracos desperdigados en pequeñas mesas anticuadas. El lector sospechará que encontré *Todas las sangres* entre esos arrumes bibliográficos: la edición en un solo tomo del Círculo de Lectores. Pero yo no podía hacer nada para llevármela, pues toda posibilidad de permuta estaba vedada para mí —ni siquiera podía proponer pagar el doble del precio de un chaleco, ya de por sí oneroso, del que se había enamorado mi hija—: algún dependiente, exquisito y atroz, había doblado mazos de páginas, rasgado otros, y en no pocos pasajes había simulado rayones infantiles con una tinta roja e indeleble, quizá para que el libro se antojara a los clientes como un tibio recuerdo de sus pasados y bárbaros tiempos de escuela primaria. Para decirlo rápido: ese *Todas las sangres*, cuando di con él, ya estaba irremediablemente desangrado.

El último caso tuvo lugar, me parece, por los mismos días en que descubrí aquel cadáver insepulto. Instado por los consejos apremiantes de un amigo bibliomane, leí *Los perros del paraíso*, la novela de Abel Posse en que, como si se tratara de un santo, se entroniza la imagen tropical de Cristóbal Colón desnudo

y tumbado en una hamaca. Como en el caso de Arguedas, tampoco esa vez pude evitar contagiarme de la fiebre de la afición, así que muy pronto me vi rodando por las librerías de la ciudad en busca de otras obras del escritor argentino. No encontré nada, como podrá suponerse en tratándose de nuestra desprovista villa: los ejemplares de *Daimón*, su libro más célebre, habían sido barridos hacía años por los muchos devotos de Lope de Aguirre —el protagonista—, casi todos ellos cinéfilos y malos lectores. Quizá ese chasco, aunque con mayor probabilidad mi apetito de originalidad, hizo que yo terminara por obsesionarme con otro libro de Posse: *El largo atardecer del caminante*, basado en el naufragio y la prodigiosa aventura de sobrevivencia de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en los desiertos de Estados Unidos y México. No tuve vida hasta que un primer amigo anunció vacaciones en Argentina: entonces le endigué una lista de encargos encabezada por *El largo atardecer del caminante* (la lista de barrios era más larga, lo admito).

No se crea que voy contar la historia de una maleta perdida o de un amigo malogrado en un siniestro aéreo, destrozado sobre alguna cumbre andina: mi amigo —el muy maldito— volvió sano y salvo. Y no solo eso: pasó efectivamente por Buenos Aires, vagabundeo por librerías de viejo y de novedades, encontró el libro de Posse, vino, vio y venció. Cuando supe la nueva fui hasta su oficina universitaria y me sometí, con impaciencia mal contenida, a los ritos del saludo y de la conversación preliminar sobre las menudencias de su aventura. Al fin, sacó el libro de su mochila y me lo alargó: distinguí una figura de conquistador español que parecía robada de un grabado de Theodor de Bry, un fondo en verde azul oscuro y el logo de la editorial Emecé. Abrí el volumen, lo hojeé y lo olí, como corresponde, y luego, feliz, lo puse sobre la mesa de trabajo. Comentamos cualquier cosa y, cuando ya salíamos a almorzar, quise coger la novela. Entonces mi amigo me pinchó un dedo con su portaminas —ya dije que la metáfora del rosal no era gratuita— mientras me decía: “Esperate yo lo leo primero. Después te lo paso”. Me pareció tan doloroso como justo, de modo que dejé el libro en sus manos, convencido, como estaba, de que lo tendría en las mías a más tardar en un mes. Pues bien, no volví a verlo jamás: largos atardeceres, noches eternas, infinitos amaneceres y otros tantos crepúsculos —los que pueden acumularse en seis años o más— han pasado desde entonces en la vana espera. Todo este tiempo no he hecho otra cosa que vagar —como Alvar Núñez Cabeza de Vaca— por mi biblioteca. ☹



Teatro Junín. 1926. Luis Eduardo Vieco (1882/1958). Pintura (óleo/Lienzo) 20,5 x 27 cm. Colección Museo de Antioquia

LA CONSENTIDA ES TEATRO JUNÍN

La selección de este óleo, del artista antioqueño Luis Eduardo Vieco, estuvo a cargo de los estudiantes de la Fundación Universitaria Bellas Artes de Medellín.

¿Quieres conocer el origen y el contexto de esta obra?

Te esperamos en nuestra Sala Cundinamarca norte a partir del 18 de noviembre.



MÚSICA PARA VER PRESENTA:

TRIBUTO SINFÓNICO PINK FLOYD

UN SHOW PARA VER CON TUS OÍDOS.

Los fondos serán recaudados para el apoyo de los programas de la Fundación I+I y Filarmed. Un concierto de la Orquesta Filarmónica de Medellín y la banda Tributo Ensamble. Director: Juan David Osorio

Fecha: Sábado 18 de noviembre
Lugar: Teatro Metropolitano
Hora: 8:00 p.m.

Recibe 20% de descuento pagando con tus tarjetas débito y crédito de Bancolombia.

BOLETERÍA EN TU BOLETA: \$95.000, \$65.000 y \$70.000. PUNTOS DE VENTA: taquilla del Teatro Metropolitano, Todo en Artes (C.C. Santafé, El Tesoro y Los Molinos), puestos de revistas de Almacenes Éxito (Columbia, Envigado, Laureles, El Poblado, Bello, San Antonio, Rionegro y Robledo). Informes: 232.28.58 - 262.95.00.

DIARIO SIN FIDEL

por JUAN ALEJANDRO ECHEVERRI

Ilustración: Mónica Betancourt

Lunes 16

Aquí nació, y murió, Fidel Castro Ruz. Aquí el comunismo y el capitalismo duermen en la misma cama. Aquí circulan dos monedas: 1 CUC equivale a 25 CUP. Aquí aterrizaron cuatro millones de turistas el año pasado, 614 000 tenían pasaporte estadounidense. Aquí hay franquicias de Adidas, Puma y de Angelina Jolie. Aquí un salario mínimo no supera los veinte dólares: 20 CUC. Aquí, hasta hace unos años, los nativos tenían prohibido entablar relaciones de tipo no comercial con los extranjeros. Aquí el edificio más alto es un museo alegórico a José Martí. Aquí tener internet en casa es un lujo, un privilegio. Aquí, según la organización WFP, importan el setenta por ciento de los alimentos. Aquí una noche en el Hotel Meliá Cohiba puede costar trescientos dólares. Aquí ningún metro cuadrado de tierra escupe petróleo. Aquí hay un busto de Mustafa Kemal Atatürk. Aquí Dios es socialista.

Aquí una mulata joven me pidió el vaso cuando terminé de tomarme un mojito. Intentó dejarme sin alternativa diciendo que en su casa solo tenía vasos de plástico. También aquí, a la entrada del Hotel Inglaterra ubicado en el Parque Central, Juana, una señora encenque de piel tostada, jaló la manga de mi camiseta y me preguntó si tenía alguna de sobra que pudiera regalarle. Y aquí, al lado de un televisor plasma y rodeada de porcelanas, Nery, propietaria de la casa donde me hospedo en inmediaciones del Parque Trillo, me asegura que la educación es gratis, que el empleo es fijo, y que las universidades gradúan profesionales según las necesidades del país.

—¿Cuándo van a ir a Medellín?
—Esa es otra historia, nosotros somos cubanos.

Martes 17

Quise comprar uno de esos conos delgados, hechos de papel, rellenos de maíz tostado que venden en las atestadoas calles de La Habana Vieja. La vendedora ambulante, joven ella, recibió el billete de 20 CUP y lo tiró al piso. “Eso no vale nada”, me reprochó entre el enfado y la indignación.

Más tarde, con Cuba ya vacía de sol, atravesé junto a Elvis una de las tantas plazas que tiene la laberíntica Habana Vieja. Él, aún con huellas de acné, llevaba una estrecha camisa negra que realzaba sus bíceps. Elvis ha intentado huir de la isla en tres ocasiones, y en las tres oportunidades fue interceptado en alta mar. Cuatro días antes de conocerlo, el gobierno estadounidense derogó la ley “Pies secos, pies mojados” que concedía la residencia a cualquier cubano que

lograra pisar suelo norteamericano. La noticia causó júbilo al interior del gobierno cubano. Miami, para Elvis y muchos de sus compatriotas, pasó de estar a noventa millas, a estar en otro planeta... en otra vida.

—Este era mi año para irme —sentenció amargado.
—¿Qué opinás de la Revolución?
—A mí la Revolución me da un coño. A mí lo único que me importa soy yo y mi familia, el resto me importa un pito —respondió mientras un Audi 2.0 negro se escurría por la esquina de la plaza como un conejo salvaje.
—¿Te gusta el Che?
—A mí me gusta es Shakira.

Miércoles 18

Maritza parece un retrato vivo de Fernando Botero: matrona regordeta de cabello pajizo y voz de trueno sería el título del cuadro. Pasa las mañanas encerrada en su cuarto, “durmiendo”. De noche responde los correos de turistas potenciales que preguntan por hospedaje en la isla. Como lo de Maritza no es un hotel sino una casa de clase media, ella distribuye a los visitantes en las casas de sus “amigas” que viven en las manzanas aledañas.

En la mañana, cuando los carretilleros caminan por las calles de La Habana ofreciendo verduras, la sala de Maritza se convierte en una Torre de Babel: turistas mexicanos, españoles, uruguayos, argentinos llegan a su casa, entre Neptuno y Concordia, para que Gisella, su hija, les señale los puntos de interés en el mapa, para organizar un tour a otra provincia, para esperar el taxi que los llevará de regreso al aeropuerto, para desayunar.

Mientras desayunábamos una portea morocha transpiraba asombro. Le costaba creer que pudiera sentarse en un parque a chatear, que pudiera caminar a cualquier hora por cualquier calle con dinero en los bolsillos y que no fuera un sueño. “Yo vivo en Buenos Aires y esto en mi país es una locura. Toda la gente en un parque con su celular en la mano... es insólito”, dijo.

Aunque la Revolución imaginó algo distinto, la brecha adquisitiva se nota hasta en las miradas pero no se corrige con violencia.

Jueves 19

A tres cuadras del Paseo del Prado, la avenida peatonal que separa La Habana Vieja de Centro Habana, Bárbara barre la antesala de la casa de su hermana Yamila. Ha vivido más de medio siglo en Cuba, “aquí nací y aquí me muero”, dice. Tiene tendinitis, el pelo entrecano y complexión esquelética. Bárbara suspende labores para hablar de la muerte de Fidel: “Cuando escuché

la noticia me dio como un subido de presión. No soy comunista ni anticomunista pero veo imágenes en televisión y se me agüan los ojos”. Apoyada en la escoba, Bárbara dice que tiene un hermano en Canadá y una tía en Estados Unidos, que nunca fue a la universidad, que trabajó de voluntaria en un hospital, que su hijastro es homosexual, que a un amigo con sida el gobierno le dio casa, trabajo, y le subsidian un mercado cada tres meses, y que su nuera, radicada en el exterior, le escribe diciéndole: “Estoy loca por estar a tu lado comiendo arroz y frijoles con croquetas”. “Viste, te lo dije”, le responde Bárbara.

El socialismo cubano es un discurso, un evangelio que entra por los ojos. Las vallas que el neoliberalismo utiliza para fomentar el consumo, el Partido Central Comunista Cubano las utiliza para comercializar su revolución.

De camino a Trinidad, un pequeño pueblo colonial a cuatro horas de La Habana, pueden leerse varios sermones publicitarios: “Nuestro mejor amigo”, reza una valla descolorida en la que están Fidel Castro y Hugo Chávez con la bandera cubana de fondo. “Solo el socialismo hará posible lo imposible”, se lee en otra, protagonizada por Chávez, a la entrada de una refinería. “Firmes desde nuestra raíz”, “Hasta la victoria siempre”, “El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos”, dicen las demás.

De todas, hay una valla singular, una caricatura que reivindica anhelos inalcanzables: un puño, nombrado Cuba, le pega a un viejo norteamericano y las palabras bloqueo se derrumban de su barba. Puede que la isla haya superado el bloqueo moral, pero no es fortuito que los cubanos viajen en camiones donde transportan las reses en Colombia y los turistas, muchos de ellos estadounidenses, recorran Cuba en ómnibus con aire acondicionado.

Sábado 21

José, papá de Nerele y tío del muchacho que me recibí en la terminal, reposa en la reclinadora del pasillo que une las dos alas de su casa y me invita a ver el partido del Real Madrid contra el Málaga. Lleva chanclas, una pantaloneta gris, una camisa celeste, el pelo a ras, y suelta un alarido cada vez que los merengues erran un pase.

Este ingeniero civil jubilado, que ya superó los sesenta, planea hacerle remodelaciones a su casa para recibir más huéspedes. El alto costo de las lámparas led tiene suspendidas las obras. En Cuba, me explica, hay productos inaccesibles porque el Estado no tiene total control sobre la oferta y la demanda, ciertos productos son acaparados por una sola persona que termina convirtiéndose en la reguladora de los precios.

Terminada la euforia del balón, José bebe agua para paliar el catarro y me cuenta que hace veinte años una libra de pescado valía un peso, “hoy vale 25”; la libra de cerdo valía un peso, “hoy vale 18”.

—En los primeros años de la Revolución la comida era muy barata, y nos alcanzaba para ir a la playa; pero fue un error del gobierno porque mal acostumbró al pueblo...

Antes de triunfar la revolución, el peso cubano —CUP— estaba a la par del dólar. Hoy Cuba compite por el salario mínimo más bajo del mundo. El hijo de José, por ejemplo, montó una pizzería porque le resulta más rentable que ejercer su profesión.

—Si suben el salario se vacían los estantes. Cuando me dicen que la salud y la escuela en Cuba son gratis y mi salario no alcanza, yo estoy pagando mi salud y mi escuela, si tuviera un salario más alto los podría pagar.

Domingo 22

Hoy regresé a La Habana. Fui al Museo de la Revolución. La cúpula, los ventanales ovalados, y los detalles barrocos le dan una majestuosidad propia de palacio europeo.

El museo es un lugar de culto. En las más de veinte salas están ilustradas las estrategias militares con las que Fidel le arrebató Santiago de Cuba, y el país entero, a la “tiranía”, los nombres de los guerrilleros que acompañaron a Fidel en la operación libertadora, recortes de la propaganda difundida por las Fuerzas Rebeldes, el organigrama de la guerrillerada, fotografías de personalidades famosas que visitaron la isla como Winston Churchill y Jorge Negrete, comparaciones de cuántos hospitales había en Cuba antes y después de la Revolución... y está el satírico rincón de los cretinos, por el que pasan miles de turistas gringos al año, donde están caricaturizados Fulgencio Batista y los presidentes estadounidenses Ronald Reagan, George Bush padre y George Bush hijo. Cada uno tiene una dedicatoria especial, la de Bush hijo dice: “Gracias cretino por ayudarnos A HACER IRREVOCABLE EL SOCIALISMO”.

También fui al Tablao, el sótano del Teatro Alicia Alonso, ubicado al frente del Hotel Inglaterra, convertido en salón de eventos. El recinto rectangular estaba colonizado por la penumbra, a excepción de la tarima donde cantaba Ivette Cepeda.

La entrada costaba una cuarta parte del salario mínimo cubano. Los hombres llevaban pantalón y camisa de rayas. Tacón y vestido las mujeres. De cada diez personas, nueve eran de piel clara y una de piel negra. Las meseras eran negras y los cocineros también.

Esos, supongo, son los contrastes del socialismo.



Lunes 23

Los lunes reina la desidia en La Habana. Los lugares de interés, cerrados. Los bares, vacíos como cáscaras de huevo.

Acompañado por Ivana, una argentina que conocí al desayuno, recorrí El Vedado. En esa zona de la ciudad las casas son de dos plantas, las calles son amplias y arborizadas, y hay restaurantes a los que un asalariado no podría entrar, es territorio de privilegios, la antítesis de Centro Habana. Después caminamos por las cercanías del malecón. Yandi llevaba dos niños a bordo de un bicitaxi, uno de los tantos que pululan como cucarachas en La Habana. Al pasar nos miró con intriga, dejó los pasajeros en una casa, y se nos acercó.

Conamos juntos y contó que tiene 31 años, que se había recibido de salvavidas, que los recorridos en bicitaxi los cobraba según la nacionalidad del pasajero, que si los padres no mandaban a sus hijos a la escuela podían ir presos, que trabajaba en la Escuela Bolivariana de la República de Bolivia, y que a las mujeres cubanas les gusta robarse las miradas cuando salen a la calle y por eso visten prendas de colores vivos y llevan sortijas.

Yandi también me explicó por qué, a pesar de las penurias económicas, al caer la noche se multiplican las botellas de ron.

—La idiosincrasia del cubano es así: si gana diecisiete dólares en el día, por la noche se los gasta.

El Centro Comercial Carlos Terceiro es una colmena capitalista sobre el metuculo caos de una avenida habanera. La expresión más fidedigna del consumismo desenfrenado. La estructura que demuestra las incoherencias y las grietas de una religión política. Cuatro pisos de martirio sonoro. Los niños juegan en las maquinitas mientras sus papás comen pollo, toman cerveza, cargan bolsas, miran vitrinas. Y, afuera, el mundo parece negar ese espectáculo primitivo.

Jueves 26

—¿Cómo te pareció la muerte de Fidel? —le pregunté a una estudiante de historia en el jardín central de la Universidad de La Habana.

—Como si se hubiera muerto alguien normal. Una persona normal. No ha hecho nada. Estamos aguantando hambre. La economía sigue mal, con tanto turismo la economía debería ir un poquito mejor.

La canícula de la tarde menguaba. Un grupo de estudiantes formados en escuadrón quebraban la monotonía del Paseo del Prado. Por el color amarillo crema del pantalón y las faldas supe que cursaban bachillerato. Los de primaria usan prendas rojas y los que están *ad portas* de finalizar secundaria usan prendas de azul oscuro.

—¡Yo soy Fidel, yo soy Fidel...! La educación es el instrumento por excelencia en la búsqueda de la igualdad, el bienestar, y la justicia social. Sin educación no hay revolución ni socialismo posible —gritaban desafinados y sin mucha convicción los estudiantes.

—¿Por qué? —preguntaba el joven profesor que tenía un pito colgado del cuello.

—¡Porque yo soy Fidel... Yo soy Fidel!
Llegó la noche. Divagué por La Habana Vieja pensando que ya lo había visto todo y encontré que no había acceso a la Plaza de La Catedral. Alrededor de quince mesas y una tarima ocupaban una octava parte de la plaza. Los cubanos, agarrados a las vallas, observaban la fiesta privada. La voz principal del coro decía “thank you so much”, mientras los cubanos se reían ingenuamente como si estuvieran viendo una película por televisión.

Al llegar a su casa, Tony, un cincuentón de metro cincuenta y sonrisa silvestre, mencionó la quintaesencia del pacto social cubano.

—Todos no podemos ser iguales. Todos tenemos los mismos derechos, las mismas posibilidades... cada quien las aprovecha como puede, habrá quien se esfuerce más, quien prefiera trabajar, y quien prefiera tomar.

Tony sabe que la Revolución, hoy por hoy, es una casa vieja que necesita una remodelación porque puede derrumbarse en cualquier momento. Sin embargo, dice él, la solidez de la base permitirá mantener la casa en pie.

—En mi época la palabra prostituta no existía en el vocabulario. Si Cuba se abre esto volverá a ser lo que era antes: donde los gringos vienen el fin de semana al casino, a tomar, a drogarse...

Sábado 28

La Revolución de la Revolución recién empieza. Fidel ya no está. Dios era mortal y ha muerto. La Revolución quedó huérfana, quedó el testamento del profeta. No hay quién pronuncie palabras que contagien y seduzcan, quién sea el pararrayos de los sueños incumplidos y el descontento. ¿Los herederos al trono serán capaces de mantener la verosimilitud del mito? ¿Lograrán el capitalismo y el internet meterse en las entrañas del socialismo como una sanguijuela, y cambiar los modos de habitar y relacionarse con el mundo? ¿Está en capacidad de hacerse cargo de su destino una sociedad acostumbrada a que decidan por ella?

Los hijos de la Revolución mamaron del padrazgo soviético y soportaron los años de austeridad. Renunciaron a los deseos materiales —que algunos privilegiados (extranjeros y nacionales) pueden satisfacer— y aceptaron vivir en un ecosistema elemental que para ellos no tiene precio: tranquilidad, seguridad, solidaridad, educación y salud universal. Igualdad de oportunidades para todos. Pero los hijos de los hijos no se conforman con la fábula, la historia, los principios, lo necesario. Tampoco harán fila durante tres horas, como sus padres, para ver el féretro de Raúl o del sucesor de Fidel. Quieren carros, joyas, y todos esos lujos que el capitalismo les muestra en las vitrinas y en internet. Y, sobre todo, anhelan salir del país.

Cuba despierta curiosidad por lo que fue, pero causa mucho más morbo especular lo que en adelante podría ser de esta esquirla comunista. ☺

HATOVIEJO
Cocina Típica Colombiana • Asados
Palmas • Centro • Oviedo

35 años
de Tradición y Sabores

  
www.hatoviejo.com

Reclama un obsequio con tu consumo presentando este cupón. Válido hasta Noviembre 30 de 2017

Frutti jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo encuentras lo mejor en comidas rápidas, jugos, malteadas, helados, ensaladas de frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio únicamente en Carlos E.
230 40 56



PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

En Carlos E Restrepo

Restaurante *Flores y Sabores*
Comida Gourmet de Origen

Comida gourmet de origen. Todos los domingos menú especial
Calle 53 # 64A-43
Reservas: 2601685

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522



CIUDAD CAFÉ
el lugar del caminante
desde 1999

Abrimos nuestras puertas por primera vez el 2 de septiembre de 1999, desde entonces no hemos parado. Un lugar sencillo y con alma... ubicado frente al parque-bulevar de Carlos E. Restrepo.

MARTES A SÁBADO: 3PM A 12M
DOMINGOS Y LUNES: 4PM A 10PM
CARRERA 64B # 51-94
INSTAGRAM: CIUDADCAFEMEDLLIN

Teléfono: 2600210 • Fb: @ciudadcafemed



Construimos Sitios Web para móviles y Apps

Piensa hacia donde diriges tu estrategia...

Cohete.net



John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.

Boston Bar Café
Cra 42 con Cille 54 • Atendido por su propietario



EMBUTIDO ARTESANAL

ítaea

GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Carrera 42 # 54-60



Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com



LLEGAR A LOS **100**

 universo centro



Seguimos haciendo vaca (cowfounding) para llegar a los 100

Setenta lectores han donado un poco más de diez millones de pesos. Tenemos hasta el 31 de diciembre para alcanzar nuestra meta de cuarenta millones. Cada mes repartimos veintemil ejemplares. No solo de aplausos vive la rotativa.

Para donar visite **www.universoconcentro.com**

Suscríbese, compre, done, multiplique, pague...

Reconocimiento a los lectores que nos han apoyado y un guiño para aquellos que aún no lo han hecho.

Gracias a ustedes habrá cosecha y semilla.



Claustro Comfama

Encuentro,
conversación,
pluralismo.

¡Llegó la hora
de la cultura!

www.comfama.com

comfama

VEILADO SuperSubsidio

cinéfangos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

[/cinefagos.net](#) [@cinefagosnet](#)

Conciertos al parque SURA

NAVEGACIÓN POR EL UNIVERSO

Planetario - Orquesta
Filarmónica de Medellín

Director: **Gonzalo Ospina**



Jueves

2

noviembre

7:00 p.m.
Parque de
los Deseos

ENTRADA LIBRE

